

NUESTRO TIEMPO

EL ARTISTA Y SU OBRA

El artista es el hombre elegido para una misión que le significa, a la vez, su gloria y su sacrificio. Para el cabal cumplimiento de esa misión, que tiene mucho de redentora, debe contar con espíritu de obediencia para entenderla y de humildad para realizarla. Así logrará que aquellas imágenes con las que él se expresa por medio de elementos materiales, sean la fiel interpretación de su visión artística. Pues el arte tiene su fuente en Dios y su destino en los hombres y para éstos viene a ser como un lenguaje singular que, al abstraerse las imágenes, se vuelve asequible al entendimiento humano.

Las cosas se expresan por signos y de esta manera el signo adquiere un valor de símbolo o de señal y viene a ser como el intérprete misterioso de aquello que es más misterioso aún: la existencia misma de las cosas. Porque si las cosas se nos aparecen como fenómenos normales, no se debe sino a que estamos acostumbrados a ellas, pues todo descubrimiento nos conmueve hasta que su repetición continua suele dejarnos luego apaciguados. Esa impermeabilidad al misterio de las cosas es triste, porque revela una intermitente incomexión de la inteligencia humana con lo absoluto. Las cosas son, cierto es, las cosas están. Pero en su aparente pasividad ofrecen un testimonio del poder infinito y oculto que las creó. Y lo más escandaloso es ese orden inflexible, incommovible, que con tal imperio encamina a las cosas según su propio ser, y las obliga a comportarse según sus propias leyes increíblemente minuciosas. La comprobación de la existencia de leyes pre-establecidas, su propio inevitable rigor, las muestra a los espíritus superficiales como el fenómeno más natural del mundo. He ahí una palabra que apacigua a muchos: lo natural, la naturaleza. Porque el haber comprobado que la naturaleza se desenvuelve dentro de leyes previas, parece que hubiera dado como un cierto derecho sobre esas cosas, con olvido de que ante éstas, el hombre sólo es el testigo y no el autor.

Pero las cosas pudieron haber sido absolutamente distintas de lo que son, y hasta pudieron no haber sido. Pudieron haber tenido un aspecto, un compartamiento, un rito, diría, —porque la creación tiene su rito—, de características tan diferentes, que imaginar la "naturaleza" aquella podría pare-

(1) El presente trabajo es parte de una conferencia pronunciada con motivo de la clausura de la exposición de las ilustraciones de Víctor Delbes que muestra la monumental obra de los Cuatro Evangelios, editada en Buenos Aires por Kraft.



cernos hoy lo más artificial imaginable, como podría haberles resultado a esos presuntos seres, artificial, lo natural que nos rodea a nosotros en el planeta. Es el problema que se planteó alguno al ver el movimiento de los árboles, e interrogarse si ello era a causa del viento o si éste se producía por el agitarse de las ramas. Chesterton, hendiendo su estilo de estilete entre las sutiles capas del pensamiento, parodiaba con la ocurrencia de aquel personaje que para probar el orden que reina en la naturaleza, hacía notar a su interlocutor que sin tal orden, no sería imposible encontrarse cierto día con que el peral, en lugar de peras, había dado tigres colgados por la cola.

Es que en realidad, este orden es un consuelo. Es preferible saber que el aire sea el que siempre agita los árboles, así como es preferible estar seguro que el peral dará siempre peras y no a veces tigres colgados por la cola. Es no sólo preferible sino inevitable, lógico, exigible. Pero no por la fatalidad de un proceso materialista —que en

última instancia sería trasladar el fondo del problema a otra zona simplemente más alejada—, sino por la realidad de la existencia del orden trascendente de la creación. Es ésta la condición para admirar la naturaleza. La inteligencia produce el orden y el orden encauza las cosas por los carriles que la inteligencia les trazó. Por eso es que las cosas son símbolo de algo inteligible, pues sino serían sólo el guiño equivoco de la duda, tentación diabólica que suele acometer al escéptico, que es un desesperado. Por eso, por que las cosas son así porque así las hizo Dios, es que la naturaleza es gozosa, porque nos habla en su lenguaje, que es el del propio Dios. Como veía Verlaine, la naturaleza es un templo en el que sus pilares vivientes, dejan salir a veces palabras confusas. El hombre marcha entre ellos como entre un bosque de símbolos, que lo observan con mirada familiar.

Porque nos movemos dentro de ese inmenso esquema predeterminado, pero lo suficientemente espacioso como para andar con libertad, es que las cosas tienen un sentido y nosotros también tenemos un sentido. He aquí la repercusión de aquella sentencia con que Cristo nos advierte la diferencia grande entre los hombres, cuando enseña que por sus obras se los conocerá, como al árbol por sus frutos. Pues, dice, todo árbol bueno produce frutos buenos y todo árbol malo, frutos malos: comparación que prueba el orden que reina en la naturaleza y que nos alivia de la trágica sospecha de que alguna vez un árbol malo pudiera dar frutos buenos o al contrario.

Esta es la garantía de que hay una conducta leal de lo absoluto hacia nosotros. Si ello así no fuera, habría todo el derecho de rebelarse y de no seguir viviendo, derecho que, triste es confesarlo, no daría muchos beneficios a los mortales. Y esa garantía es lo que otorga sentido a la paradoja Chestertoniana, pues si no existiera tal fundamento, tal certeza, podría precisamente cumplirse el sueño demente que imaginaba tan extrañas cosas del viento y de los frutos que penden de los árboles.

De tal manera, es claro que una obra de arte supone inequívocamente al artista y al ambiente que lo cobija, pues así como nunca de un árbol determinado puede darse un fruto distinto del que sus leyes biológicas lo determinan, así tampoco es posible esperar un fruto de arte si no existen las condiciones que lo permitan. Se dice que el artista es un solitario, pero lo cierto es que su soledad es la de él con respecto a la comunidad; no es un Robinson, es más bien un aislado, porque su soledad, al fin y al cabo, se nutre de lo colectivo y se da a lo colectivo. El artista necesita la soledad para crear, pero su misma creación está condicionada por la naturaleza que lo rodea, por el ambiente humano

SUMARIO

NUESTRO TIEMPO: *Parálisis*. — CARLOS MENDIÑANO: *El artista y su obra*. — SANTIAGO DE ESTRADA: *Tiempo de Adviento*. — JOSÉ VÍCTOR LAZCANO: *Voz en oculto*. — HUGO ESTIGER MENDIÑANO: *Octubre*. — ARTURO ENRIQUE RAMPAY: *El reencuentro de los*

gobiernos revolucionarios y la doctrina anarcocristiana del "para defactoism". — ALBERTO CAPRILE (IL): *Nelson*. — BELSARIO: *Correspondencia de Nueva York*. — CL. E.: *Aclaraciones*. — ANTONIO VALLEJO: *Calo-*

quio de las criaturas en el yermo. — ILKA KRUPKIN: *El degüello*. — MIGUEL RETO: *B. Césario de Quirós*. — INDICE GENERAL DEL AÑO. — *Dibujos de VÍCTOR DELBES, JUAN ANTONIO BALLESTER PEÑA y FRANCISCO FERNÁNDEZ VILLAS de JOSÉ M. CANTILLO.*

EL PROXIMO NUMERO APARECERA EL 16 DE MARZO DE 1945



contemporáneo y por la tradición que lo sostiene. El artista que pretendiera ser un verdadero solitario, habría condenado a muerte a lo social y ya no tendría objeto que creara y diera forma a lo que tiene dentro. Pues su misma expresión, como dijimos, es un mensaje, y no se puede mandar un mensaje a la nada, a lo que se supone inexistente.

Y aquí tenemos la esencia de la obra de arte. La obra de arte, en recíproca comunicación de recibir y de dar, implica una respuesta al Creador y una comunicación con las criaturas. El artista capta con antenas prodigiosas, algo así como esos rayos que la física moderna ha advertido en la naturaleza, pero que resultan invisibles para los ojos humanos. Capta ese mensaje y no sólo lo entiende, sino que produce ese otro milagro que es su propia creación artística, verdadera recreación con la que imita la obra del Creador y le responde en el acorde de tono filial, como el hijo que aprende a deletrear de labios de su padre, para hablar su mismo lenguaje. De esta manera el artista oye y sirve a Dios. "Los dones que recibe el artista —dice Papini^(*)— son dones de Dios, como todos los demás. ¿Por qué entonces se tendrá que aver-

(*) Juan Papini: *Diccionario del hombre salvaje*. "El arte por el arte".

gonzar de ponerlos al servicio de Aquel que se los dió?"

Desgraciado el artista que no viva de esa dependencia, porque al cortar las amarras caerá en la idolatría de sus propias fuerzas y no será difícil que al romper el orden verdadero, produzca frutos tales como los de esa visión del peral extravagante. ¿Qué es lo que impide que el verdadero artista produzca frutos monstruosos? Su deliberada dependencia con lo eterno, y la dirección de su libre albedrío dentro de la ordenación de las leyes que su misma inteligencia, cuando es limpia, le puede mostrar. Un misterio, claro está, pero es que toda creación surge más allá de los límites vagorosos, tras la nube que oculta la esfera luminosa y deslumbrante de la inspiración artística.

La esencia y la gloria del arte es esa, pues el hombre, árbol único que puede dar frutos distintos según sus propias fuerzas y su propia responsabilidad, elige conscientemente, libremente, su expresión, su modo, su estilo, y produce, o bien la obra de arte en justo sentido de obediencia, o bien la obra desordenada de la soberbia que cree que el fin del hombre está en el hombre, pecado muy propio de esta época, porque como explica Maritain "el mal de los tiempos modernos proviene de que la cultura, que es cierta perfección del hombre, se ha considerado a sí misma como último fin"^(*).

Esta salvedad, para nada disminuye la personalidad del artista sino, al contrario, la protege y la perfecciona. El verdadero artista es libre, así como ha sido auténtica cada época. De ahí que cada época y cada artista tengan su *estilo*, esa modalidad de la expresión que encierra tan paradójica característica: la de ser simultáneamente libre y tiránica. Porque la variedad innumera de los estilos dice de su libertad y en cambio cada uno de ellos en sí tiene sus leyes que el artista cumple espontáneamente. Recordemos así, la libertad al mismo tiempo que la personalidad de un Giotto, de un Miguel Ángel, de un Greco y de tantos modernos, y recordemos también las proporciones propias de los góticos o de los románicos, los bizantinos, los egipcios. "Hay que rechazar —dice Worringer— la pretensión violenta de la estética a interpretar también los complejos del arte no clásico. Todas nuestras investigaciones en historia del arte, todas nuestras valoraciones artísticas, están contagiadas de esa parcialidad de la estética. Hay, sin embargo, hechos artísticos ante los cuales fallan nuestra estética y esa nuestra concepción, pareja

(*) Jacques Maritain: *El Doctor Angélico*.

a la catética, según la cual el arte es el afán de representar la belleza viviente y natural. En tales casos valoramos los hechos negativamente, ya condenando lo extraño e innatural como resultado de una insuficiente capacidad, ya —cuando esta primera interpretación resulta imposible— acudiendo al término problemático de "estilización" que, tras la forma verbal positiva, encubre agradablemente una valoración, que en realidad, es negativa"^(*).

Pero no es mi propósito referirme aquí al problema del *estilo* en el artista, pues todo estilo verdadero es auténtico y legítimo, ya que, como recuerda Wolfflin, el pintor pinta "con su sangre"^(*), sino a algo más profundo, más allá de la simple expresión, aquello que se localiza en el campo de la inspiración. En ese instante de la concepción artística, en el que la obra ha tenido ya comienzo en el alma, es cuando lo que podríamos llamar el embrión de la futura obra, contiene en potencia todo su desarrollo. Si ha concebido en comunión con lo trascendente y si su alma está purificada de artificio, produce el fruto maravilloso y eterno de la obra de arte. Si no, el resultado es un engendro, tal vez con vida, pero siempre feo. En la inspiración deben cumplirse *analógicamente* las circunstancias de la contemplación mística, para cuya autenticidad es necesaria la presencia de Dios y la purificación de la criatura, pues de lo contrario el acto no deja de ser un proceso de orden psicológico, generalmente impuro cuando no diabólico.

Ordenamiento de analogías en las diversas escalas, acordes perfectos de la música eterna del canto de la Creación, que comienza con el Increado y va hacia el otro extremo, que no vemos tampoco terminar.

Más después de esto, pasado el momento gozoso en que el artista, con el pedernal de su inspiración hizo brotar la chispa, comienza luego el largo, minucioso, a veces agobiador camino que es necesario recorrer hasta dar por cumplida la obra. Es ésta la gran prueba del artista, en la que se precisa un como ocultamiento de la personalidad, para dejar actuar en escena otros recursos más subalternos, si se quiere, pero indispensables. "Qu'il veut faire l'ange fait la bête". No

(*) Guillermo Worringer: *La esencia del estilo gótico*.

(*) Enrique Wolfflin: *Conceptos fundamentales en la Historia del arte*.

VOZ EN CENIZA

Qué podría decir que no dijera
la amarga espuma y el dolido llanto,
cuando el aire y el polvo de mí canto
no logran más que desazón y espera.

Allí el verde pausado, la ribera
del vuelo angelical y sin quebranto.
Aquí el rudo callar, el entretanto
que no arriba y se pierde sangre afuera.

Cruzo un otoño anochecido en prisa
que alienta luces cuando luces hora,
que busca paz pero lo asombra el viento.

Qué podría decir, voz en ceniza.
Siento el alma caer hora por hora
y en el surco sin tregua va el acento.

JORGE VOCOS LISCANO.

TIEMPO DE

Ni la angustia del pecado, ni el dolor de la naturaleza caída, sombras ambas que pesan sobre la humanidad entera, podrían eclipsar la suave luz de la Esperanza: de esa Esperanza que la Misericordia depositó en el corazón del hombre el día mismo de la prevaricación. Por eso la Santa Iglesia inicia el ciclo de la divina alabanza con el recuerdo de la Promesa, y deja para después el llanto amargo de la Culpa.

El tiempo sagrado de Adviento es tiempo de Penitencia... Pero la Penitencia del Adviento es sólo un purificarse en vísperas de la Encarnación: un abrir surcos y roturar tierras para que la Tierra germine al Salvador. Penitencia que invita a usar de este Siglo con sobriedad, con justicia y con piedad, en la Esperanza del advenimiento del Dios grande, de Jesucristo Nuestro Salvador.

Adviento es tiempo de orar. La Redención no procede del esfuerzo humano ni es obsequio debido a mentidos méritos; no es obra de los hijos del Pecado, ni fruto que se alcance a fuerza de trabajos. Como el rocío del Cielo y de más allá de las nubes, desciende el Justo ante cuyo poder toda rodilla se dobla.

¡Alegrate, Jerusalén, porque el Señor no quiere acordarse de nuestra iniquidad! La Ciudad Santa está desierta, desolada y hecha escarnio de sus enemigos... ¡Hemos pecado!

es sólo espíritu el hombre. Si como espíritu es fugaz y luminoso, instantáneo y sutil, capaz de captar y entender el instante creador, como cuerpo material debe enfrentarse con todas las realidades y dificultades de la expresión ulterior. Al fin y al cabo el artista es eso: un condenado al trabajo forzoso de traducir lo que vio, a un lenguaje comprensible para la inteligencia y los sentidos de los demás hombres.

Este trabajo ulterior de expresión, es la ciencia y la técnica del artista, al cual, preciso es reconocerlo, hemos estado algo acostumbrados a aliviarle de esa dura tarea, contentándonos con sus bocetos y sus impresiones fugaces como ante un trabajo serio. Ciertamente que esa espontaneidad y esa frescura, cuando proceden de un artista verdadero, tienen su encanto. Pero esto es semejante al encanto del balbuceo infantil, que revela una potencia pero no una realización y que a veces sirve para disculpar la debilidad de un razonamiento.

La técnica es parte del arte. Es necesario golpear muchas veces la piedra, medir muchas veces el verso, componer muchas veces los colores y pulir muchas veces la línea, buscar en fin muchas veces la proporción arquitectónica, antes de lograr la obra que se buscó. La arquitectura es un ejemplo elocuente, pues en ella no sólo es preciso la solución en el plano, sino además la ejecución lenta y perfecta en el espacio, en una semejanza con la música que requiere a su vez ajustadísima traducción sonora en el tiempo. La obra de arte debe seguir ese proceso en el que se mezclan deslumbramientos con arideces, porque tal es el proceso de toda obra humana de perfeccionamiento.

La fidelidad del artista a la obra de arte ha de mostrarse también en ese respeto por el conocimiento del oficio. Pensar con las manos, decía alguien como consejo para lograr la síntesis de arte y artesanía que exige la obra perdurable. Por este camino puede superarse el problema de lo que se llama "el gusto", la opinión puramente subjetiva, la crítica que brota espontáneamente ante la realización fresca del boceto, en una síntesis demandando fácil. Es que podría decirse que la obra incumplida quita autoridad moral al artista, al mostrar una intimidad que sólo a éste puede interesar, y provoca de parte del espectador un juicio tan subjetivo como es subjetiva y privada la realización del au-

tor. En cambio, la obra sabiamente trabajada, supuesta la auténtica inspiración y la buena composición previas, trasciende el plano meramente anecdótico y sentimental. Y así, frente a un "vitrail" del medioevo, p. ej., en el que dentro de una composición de líneas, formas y colores, se ha cumplido un sabio proceso de construcción dirigido por un artista verdadero, no cabe un juicio de detalle —una cara, un pie— sino la apreciación del conjunto. Y esto que no es más que un ejemplo se repite ante un fresco, un tapiz, un grabado, un poema o cualquier obra de arte con un número y medida. Su jerarquía exige ese complemento del trabajo honrado, bajo pena de quedar reducida a un simple intento, a un augurio brillante y en potencia. "Del impresionismo, —decía Cézanne—, he querido hacer algo sólido y durable como el arte de los Museos" (*).

Pero la técnica, al mismo tiempo que es indispensable, guarda un peligro. Si el artista ya la ha dominado hasta convertirla en instrumento fiel de su expresión en el curso de la etapa que podría llamarse purgativa, debe todavía lograr el sometimiento de su sensibilidad mediante el ascetismo de las formas puras: es el momento más peligroso del artista, porque disponiendo de una técnica dócil y una inspiración obediente, tiene que dominar la tentación del predominio de los sentidos, que le muestra el camino expedito de la complacencia y del gozo en lo exterior de las cosas.

Es entonces cuando el artista, superando su vanidad, debe disciplinarse —en el doble sentido del término— y con su trabajo a modo de oración, purificar su inspiración despojándola de todo contacto o influencia impuros para huir de la crítica fácil y mundana y buscar sólo el desenvolvimiento natural de su personalidad. En lugar de enterrar los talentos recibidos debe, como el administrador prudente del pasaje evangélico, sacarles el máximo provecho.

El artista, en una palabra, tiene la obligación de perfeccionarse en su búsqueda íntima hasta dar con el tesoro de su propio ser para bien, como otro Abel, ofrecer al Señor lo mejor de sus obras, los primogénitos de su hacienda. Si pretende recibir y cumplir el mensaje que ha de ser entendido por los demás hombres, debe oír la voz del Creador y comunicársela a las criaturas, pero esa alta misión no podrá ser asumida por el ar-



tista, si éste no parte con la voluntad de llegar a la perfección en su cumplimiento.

Como se expresara al comienzo, la obra de arte implica la existencia de condiciones previas que la ayuden y en cierto modo que la determinen, porque un fruto tal requiere el buen árbol fecundo. Es, desde luego, el árbol de la personalidad del autor, pero no olvidemos tampoco que no podrá darse esa personalidad sin el medio social que lo haga posible. Pues si bien un artista puede aparecer de manera repentina y aun sobrepasar por mucho el ambiente que lo rodea, en cambio, para lograr su plena expresión en total desenvolvimiento de sus medios, necesita la experiencia que le enseña y la tradición que lo sostiene. No es, como decíamos, un solitario. El es también fruto de la cultura ambiente y no del mero azar.

Cuando un medio social tiene suficiente vitalidad como para producir y absorber la obra de arte, y de ofrecerla como algo suyo, es porque el noble árbol de la cultura es ya capaz de dar su fruto: el fruto más refinado y valioso, que es el artista, y por su intermedio, la obra de arte.

(* Maurice Denis: *Nouvelles théories sur l'art moderne.*

CARLOS MENDIÓROZ.

ADVIENTO

Pero no son nuestras obras lo que ha de moverte a piedad sino la magnitud de su Misericordia. He aquí que llega el Día y el Señor se apiadará de su Pueblo: el Cordero dominador de la Tierra romperá el yugo de nuestro cautiverio.

Tiempo de la Promesa, tiempo de la expectación del Reino, el Adviento nos trae auténtico mensaje de Paz y de Amor. Porque la certeza del triunfo final y definitivo nos hace olvidar la saña impía de los enemigos de la Esposa, y el esplendor de la Gloria anunciada llena de compasión nuestros corazones tribulados por el Dolor y la Muerte.

Tiempo de cobijarse en el regazo maternal de María, y de esperar con Ella el santo Advencimiento. Porque es a Ella a quien llaman Bienaventurada todas las generaciones, y mediante Ella toda la Tierra es colmada por la Gloria del Señor.

Consolados, pues, consolaos, hermanos, porque pronto vendrá vuestra Salud. Vendrá el Señor, y todos los Santos con Él. Si demoráis, esperadlo pues vendrá y no tardará. ¿Por qué dejáis comenzar, entonces, por angustias y quebrantos? ¿No sabéis acaso que ya viene nuestro Dios y Redentor y que Él ha de juzgar a los vivos y a los muertos?

SANTIAGO DE ESTRADA.

OCTUBRE

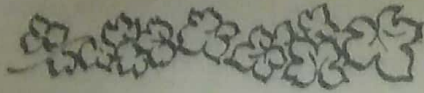
¡Vengo de ver la primavera!
Como un jazmín la descubrí en el aire.
¡Salid, salid a verla,
azul, bajo el lucero de la tarde!

En la penumbra tibia de la calle
con los niños que juegan, rie y juega.
(Me dió su olor y la sentí besarme,
mujer, fugaz y frágil primavera).

¡Pronto, corramos a la puerta!
Yo vengo de quererla y de besarla.
Os dejará el recuerdo de una pena,
un gusto a fruto y una luz de infancia.

Espiadla... En la penumbra de la acera
cansada de jugar, se inclina y sueña.

HUGO ENRIQUE MENDIÓROZ.



EL RECONOCIMIENTO DE LOS Y LA DOCTRINA AMERICANA

Para la filosofía jurídica el surgimiento de un gobierno del Estado por vía revolucionaria implica dos problemas fundamentales. El primero consiste en la legitimidad moral del llamado *derecho de resistencia*, por cuyo ejercicio se fuerza el medio regular que el ordenamiento jurídico positivo tiene fijado para la determinación de los sujetos del poder, o se abroga la totalidad o una parte de la estructura legal establecida. El otro problema comprende el discernimiento de los recaudos que debe cumplir un gobierno revolucionario para ser estimado como gobierno legítimo del Estado, y, en su consecuencia, otorgarle validez jurídica a las normas que emanen de él.

A grandes rasgos se puede decir que la legitimidad del derecho de resistencia se fundamenta en la intrínseca superioridad *in-formante* que el *deber ser moral* tiene sobre el *deber ser jurídico*. En efecto: cuando el orden jurídico positivo se convierte en *injusto*, y no existe la posibilidad de su enmienda por los medios legales vigentes, o el gobernante regular se transforma en *tirano* —con la acepción y el contenido que le dió al término la filosofía política clásica— corresponde a la multitud ciudadana ejercer el derecho natural de resistencia activa o derecho de revolución. De aquí resulta, por consiguiente, que el derecho de resistencia solamente puede ser justificado si se presupone la validez objetiva de un *derecho natural*, *meta-positivo*. Fue por esta razón, en efecto, que si bien la filosofía política helena estudió sociológicamente los cambios revolucionarios en sus causas y efectos, no planteó el problema de la legitimación moral de la revolución. Con el Cristianismo, por razones de suyo evidentes, recién se cuestiona la moralidad de la resistencia a las leyes injustas y a los príncipes tiranos: plantea el problema la Patristica (G. MASSARI, *Società e Stato. La concessione di Origine*, Padova 1932, págs. 109-113) y lo resuelve cabal y sistemáticamente la Escolástica. (P. TRISCHLEDER, *Ursprung und Träger der Staatsgewalt nach der Lehre des hl. Thomas und seiner Schule*, Gladbach 1923, págs. 104-112).

Un gobierno surgido por una acción de fuerza, moralmente legitimada por su referencia al valor Justicia, necesita estabilizarse fácticamente con el consentimiento expreso de la comunidad (*"potestatem per consensum ipsamet communitatis vel per aliam viam iustam posse in alium transferri"*) —STÁZAN, *De Leg.*, III, c. 3, n. 4); o bien con el consentimiento tácito o cuasi-consentimiento de la multitud ciudadana (*De leg.*, III, c. 4, n. 4). Se explica: si una gavilla de ladrones se apodera violentamente del gobierno y consigue perdurar en la posesión del poder, no por ello sus componentes serán estimados como el gobierno legítimo del Estado, puesto que al apoderamiento del poder le falta *moralidad*. Por el contrario, no sería gobierno del Estado quien teniendo a su favor el ingrediente moral le faltara la obediencia necesaria para estabilizarse y continuar en la función del poder político. Resumiendo, pues, tanto a la doctrina clásica como a la contemporánea, se puede aseverar que un gobierno *de facto* deviene *de jure* cuando se legitima moral y sociológicamente con los siguientes recaudos: 1º) el gobierno *de facto* no debe estar basado en principios fundamentalmente inmorales y, por tanto, antisociales; 2º) debe estabilizarse mediante el consenso expreso o tácito de los gobernados (M. HAUPT, *Précis élémentaire de Droit constitutionnel*, París 1930, pág. 12; H. HERRFABRIT, *Revolución y Ciencia del Derecho*, Madrid 1932, págs. 95-130).

Ahora bien; estando el gobierno del Estado encargado de las relaciones con los otros Estados, necesariamente la comunidad internacional debe reconocer cuál es la instancia autoritativa mediante la que se entenderá con ese Estado. De aquí, pues, que el *reconocimiento*, en tanto que institución del Derecho de Gentes, puede definirse de la siguiente manera: la constatación, por los gobernantes ya instituidos de la comunidad internacional, de un nuevo sujeto de las competencias gubernamentales de un Estado. Se constata, claro es, que la adquisición de la competencia gubernamental interna habilita para efectuar los actos jurídicos uni-, bi-, o multi-laterales. Pero como todo gobierno nacional es a la vez un gobierno internacional, conforme al desdoblamiento fundamental de sus funciones, la verificación de los sujetos de las competencias nacionales implica la verificación de las competencias internacionales, y viceversa, el reconocimiento de las competencias internacionales supone el dominio sobre la colectividad nacional. Por tanto, el reconocimiento internacional es meramente declarativo y no atributivo de un *status* político objetivo.

Pero en realidad, como en nuestra época falta una jurisdicción *metaestatal* que constata la regularidad o legitimidad de los nuevos gobiernos, el *reconocimiento* ha quedado librado al juicio declarativo de cada Estado de la comunidad internacional. Y como también se carece de reglas positivas que fijen los atributos necesarios a los nuevos gobiernos para su reconocimiento, la doctrina internacional ha formulado distintos principios de aplicación para estos reconocimientos.

De las teorías enunciadas a tal efecto, dos grupos de ellas tienen un mismo carácter unilateral, puesto

que consideran exclusivamente a uno solo de los elementos constitutivos de un gobierno legítimo del Estado surgido por medios irregulares. En efecto, una de éstas, la llamada teoría *legitimista*, que intrínsecamente es *legalista* desde que atiende la regularidad jurídica positiva de la designación de los sujetos del poder, aconseja desconocer a cualquier gobierno que no haya surgido en congruencia con los preceptos constitucionales preestablecidos. Esta posición ha tenido una doble manifestación: republicana y monárquica. Republicana con la política externa del Presidente Wilson y la doctrina Tobar, que más adelante conoceremos; y monárquica con la Santa Alianza cuando trataba de impedir, desconociéndolos, los cambios políticos consecuentes de las campañas napoleónicas. La teoría *legitimista*, que ha sido propugnada casi siempre con fines de predominio internacional, resulta inaceptable por a-histórica y a-moral, porque con ella se significa implícitamente sostener, por una parte, la inmutabilidad de un determinado ordenamiento político histórico y, por otra, la legitimación moral de una estructura jurídica por el solo hecho de ser positiva.

La segunda doctrina de carácter unilateral está constituida por el principio de aceptar sin más el *"fait accompli"*, y que fuera introducida en la teoría y en la práctica por la Revolución Francesa. De esta doctrina podemos decir, como conclusión valorativa, que resulta de sí evidente la inmoraldad que implica aceptar el *hecho consumado* del apoderamiento del poder como suficiente título jurídico.

Por fin, la doctrina que informa un principio del Derecho natural de Gentes, que a la vez atiende los elementos constitutivos de la legitimidad y de un gobierno revolucionario y respeta la autonomía e independencia de los Estados, sostiene que un gobierno *de facto* debe ser reconocido *de jure* cuando

se verifica la coexistencia de los supra referidos elementos —moral y sociológico— que lo justifican en ambos aspectos; es decir, el nuevo gobierno no debe estar constituido por un fin inmoral y, por lo mismo, antisocial, y debe contar a su favor con el mismo consenso de los gobernados, que, desde el exterior y a fin de no aparecer la comunidad internacional y a fin de no aparecer en el juego interno de un Estado, se constata con el hecho de ser exclusivo, obedecido por la colectividad y capaz de mantener la seguridad jurídica interna y externa. (G. SCIALA, *La reconnaissance internationale*, en: *Recueil Lambert*, París 1938, vol. II, 126-8).

Una vez que hemos presentado a grandes trazos el problema jurídico del reconocimiento internacional de los gobiernos revolucionarios, nos proponemos, en vista de la situación extraordinaria por que atraviesan las relaciones de nuestro país con los Estados Unidos, hacer una esbelta reseña de la política seguida por este Estado americano con respecto al reconocimiento de los gobernantes *de facto*. Y, como nos proponemos ser objetivos, vamos a exponer la cuestión mediante las declaraciones o insinuaciones que los propios Secretarios de Estado han emitido en los distintos casos típicos de reconocimiento. Como enseguida lo veremos, las diversas actitudes de la Cancillería de los Estados Unidos pueden agruparse en cuatro doctrinas o etapas practicadas en sus relaciones externas.

Tomás Jefferson fué el primero, que en los albores de la vida independiente de los Estados Unidos, enunció una doctrina de reconocimiento internacional. La teoría de la soberanía popular y del derecho de resistencia son los necesarios presupuestos del reconocimiento de un nuevo gobierno. En el año 1792 dió Jefferson, Secretario de Estado a la sazón, a Mr. Morris, ministro de los Estados Uni-



GOBIERNOS REVOLUCIONARIOS DE "PURE DEFACTOISM"



dos en Francia. Las siguientes instrucciones: "según nuestros principios, debemos reconocer como legal a cualquier gobierno que sea conforme a la voluntad de la nación substancialmente declarada" (*it accords with our principles to acknowledge any government to be rightful which is formed by the will of the nation substantially declared*); J. B. MOORE, *Digest of International Law*, Washington 1906, vol. I, pág. 120). En instrucciones posteriores, dirigidas también a Mr. Morris el año 1813, decía Jefferson: "Nosotros no podemos negar a ninguna nación el derecho sobre el cual está basado nuestro propio gobierno, a saber, que cada uno puede gobernarse a sí mismo, de la manera que le plazca y cambiar las formas de su gobierno según se voluntad. [...] ésta (se entiende) el origen popular del gobierno) en la única cosa esencial que debe tenerse en cuenta". (MOORE, *Digest*, vol. I, pág. 120).

Como etapa subsiguiente a la iniciada por Jefferson, que como vimos exigía para el reconocimiento del gobierno de *facto* que éste tuviera origen popular, debemos señalar la pretensión legalista de la política observada por el Presidente Wilson. Esta, preocupado sinceramente por la paz y la suerte del "constitucional government" en la América Latina, creyó que para hacerla efectiva y conjurar la anarquía civil, había que supeditar al reconocimiento de los gobiernos de *facto* a la restauración del orden constitucional. Pero, seguramente sin quererlo el iluso profesor que había sido de la Universidad de Princeton, dejó abierta la puerta trasera para que por allí penetraran los afanes imperialistas en la vida interna de los Estados. Fué en el año 1913, con motivo de la infidelidad de su gobierno, cuando Wilson advirtió que cualquier autoridad de un Estado latino-americano, de origen inconstitucional, no tendría la simpatía del Gobierno de Washington y, en su consecuencia, no sería reconocido.

La misma teoría propugnó, con un propósito que no estaba en la finalidad de Wilson, el Canciller que fuera del Ecuador, Dr. Carlos Tobar; en efecto, para quitarles a los Estados Unidos y a Europa, todo pretextos de inmiscuirse en los problemas internos de los países latino-americanos, propuso que por un pacto entre las cinco Repúblicas de Centroamérica se comprometieran a no prestarle reconocimiento a los gobiernos surgidos de una revolución. De esta manera las Repúblicas de Guatemala, Nicaragua, Salvador, Honduras y Costa Rica, en una conferencia reunida en Washington en 1907, celebraron una convención que establecía: "Los gobiernos de las altas partes contratantes no reconocerán ningún otro gobierno que acceda al poder en cualquiera de las cinco Repúblicas, como resultado de un golpe de Estado o de una revolución contra un gobierno reconocido, mientras que los representantes del pueblo, libremente elegidos no hayan reorganizado constitucionalmente el país". Esta teoría legalista de Tobar y Wilson había sido parcialmente propugnada y practizada ya por

la Cancillería de los Estados Unidos durante el período de 1861 a 1869. "Lo que exigimos —dijo el Secretario de Estado Seward en 1868— y lo único que exigimos, cuando se ha efectuado un cambio de administración no por procedimientos constitucionales pacíficos, sino por la fuerza, es que luego la nueva administración sea sancionada por el voto y aceptación formal del pueblo".

Como tercera actitud de los Estados Unidos frente a los gobiernos de *facto* tenemos la que se deriva de las declaraciones del Secretario de Estado, Mr. Henry Stimson, en su discurso del 6 de Febrero de 1931 anunciando el restablecimiento de la "sensibile practice of our forefathers" —aludía a la doctrina de Jefferson. Refiriéndose expresamente a la cuestión, manifestaba Stimson que el reconocimiento de un nuevo gobierno dependía de su estabilidad y capacidad de *facto* para cumplir con sus obligaciones como miembro de la comunidad internacional. "Tras pronto como nuestros representantes diplomáticos nos comunicaron que los nuevos gobiernos de Bolivia, Perú, Argentina, Brasil y Panamá, controlaban el engranaje administrativo de sus respectivos Estados, con aparente aquiescencia general de su pueblo y que estaban dispuestos a cumplir con sus obligaciones internacionales y con sus convenios y acuerdos en condiciones de hacerlo, fueron reconocidos por nuestro gobierno". Observe, pues, que resulta patente la innovación, que en el "retorno a nuestros abuelos" de Stimson va un recaudo más de los exigidos por Jefferson: la condición de que el nuevo gobierno, para ser reconocido, debe estar dispuesto a cumplir sus compromisos internacionales. Pero esa exigencia del Secretario Stimson había sido enunciada, aunque esporádicamente, con anterioridad. Así, verbigarrada, en 1899 el Secretario Hay consideraba suficiente para el reconocimiento de un nuevo gobierno que éste "tuviese dominio del mecanismo administrativo y estuviese en situación de cumplir con sus obligaciones internacionales". (MOORE, *Digest*, vol. I, pág. 155). E igual exigencia reclamó el Secretario Hill en el año 1900: "la regla de los Estados Unidos es diferir el reconocimiento de otro gobierno en lugar del gobierno titular hasta que aparezca que está en posesión del mecanismo del Estado y administra éste con el asentimiento del pueblo y sin resistencia seria a su autoridad, y que se halla en situación de cumplir con todas las obligaciones internacionales hacia los gobiernos extranjeros con arreglo a sus tratados y al derecho internacional". (MOORE, *Digest*, vol. I, pág. 139).

Finalmente, como la más inusitada actitud de los Estados Unidos frente al reconocimiento de los nuevos gobiernos, tenemos la expresada por el actual Secretario de Estado, Mr. Cordell Hull, en la declaración del 26 de Julio de 1944. Por esta manifestación se abandona, expresamente se lo dice, los principios de reconocimiento y no-intervención enunciados para las épocas de paz y, en cambio, se formulan las directivas de una "política de no-reconoci-

miento" (*policy of non-recognition*) fundada en "la defensa y seguridad del hemisferio" (*the defense and security of the hemisphere*) entendida como colaboración activa en la lucha contra el Eje.

Ahora resulta fácil constatar, después de haber conocido las variantes de la política seguida por los Estados Unidos con respecto al reconocimiento de los gobiernos de *facto*, que las distintas actitudes tomadas por la Cancillería norteamericana no están condicionadas por criterios precisos y objetivos, sino que, tras cada toma de posición doctrinaria, paja por imponerse una razón de estado circunstancial. Es que la institución internacional del reconocimiento ha sido y es, en manos de Estados o coaliciones de Estados poderosos, un instrumento de coacción política externa. La aplicación por parte de los Estados Unidos del principio del "defactoismo puro" —de que habla el tratadista americano Taylor Cole (*The recognition Policy of the United States*, Baton Rouge 1928)— significa no otra cosa que la formulación de una política externa, torcida y maleable, que se conforma a las conveniencias de lugar y tiempo del Estado reconociente.

Para afianzarse, la comunidad de los Estados americanos debe salvar el escollo de la hesitación que actualmente existe en torno a los principios condicionantes del reconocimiento internacional de los gobiernos de *facto*. En este sentido, podría ser una solución el hecho de convertir, mediante una convención inter-americana, en derecho positivo continental el estatuto sobre el reconocimiento de los gobiernos de *facto* que redactó la Junta de Jurisconsultos reunida en Rio de Janeiro en el año 1927, y que resuelve el problema sobre las siguientes bases: a) *Autoridad efectiva*, especialmente en lo que se refiere a impuestos y servicio militar; b) *capacidad* para cumplir las obligaciones internacionales pre-existentes, contraer nuevas, y cumplir los deberes fijados por el Derecho Internacional. Y tal vez fuera posible, para mayor garantía de objetividad e imparcialidad en la aplicación de estas normas positivas, establecer además, como lo sugiere el eminente internacionalista francés, Profesor Georges Scelle, una instancia jurisdiccional supra-estatal encargada de constatar y decidir los casos de reconocimientos americanos.

La otra solución, que por más simple y factible no es la más posible, sería la adopción convencional de la llamada "Doctrina Estrada". De la transcripción del comunicado de la Cancillería mexicana del 27 de Septiembre de 1930 se ha de inferir en qué consiste esta nueva posición sobre el problema. "La doctrina de los llamados reconocimientos ha sido aplicada, a partir de la gran guerra, particularmente a naciones de este continente, sin que en muy conocidos casos de cambios de régimen en países de Europa, los Gobiernos de las naciones hayan reconocido expresamente, por lo cual el sistema ha venido a transformarse en una especialidad para las Repúblicas latinoamericanas. Después de un estudio muy atento sobre la materia, el Gobierno de México ha transmitido instrucciones a sus Ministros o Encargados de Negocios en los países afectados por las crecientes crisis políticas, haciéndoles conocer que México no se pronuncia en el sentido de otorgar reconocimientos, porque considera que esta es una práctica denigrante que, sobre herir la soberanía de otras naciones, coloca a ésta en el caso de que sus asuntos interiores puedan ser calificados en cualquier sentido, por otros gobiernos, quienes de hecho asumen una actitud de crítica al decidir, favorable o desfavorablemente, sobre la capacidad legal de regimenes extranjeros. En consecuencia el Gobierno de México se limita a mantener o retirar, cuando crea procedente, a sus Agentes Diplomáticos, y a continuar aceptando, cuando también lo considere procedente, a los similares Agentes Diplomáticos que las Naciones respectivas tengan acreditados en México, sin calificar, ni precipitadamente, ni a posteriori, el derecho que tengan las naciones extranjeras para aceptar, mantener o substituir a sus gobiernos o autoridades". Se ha hecho notar, con razón, que la adopción de la Doctrina Estrada tendría los siguientes efectos: a) robustecería el principio de no intervención; b) haría innecesaria la engorrosa distinción entre reconocimiento de un Estado y reconocimiento de un Gobierno; c) evitaría la disputa doctrinaria de saber si el reconocimiento es una facultad o una obligación del Estado requerido; d) impediría en general que se pronuncien actitudes discrepantes entre los Estados reconocientes y quitaría el abuso de los reconocimientos apresurados o diferidos; e) facilitaría la incorporación de todos los Estados a los organismos de paz y cooperación internacional. (J. J. SOLER, *La Doctrina Estrada*, Instituto Americano de Derecho y Legislación comparada, México 1950). Por estas u otras razones muchas hay que llegar a la objetivación de los principios de Derecho de Gentes sobre los reconocimientos de los gobiernos revolucionarios. Así se le quitará a los Estados menos poderosos su razón de ser, y a los Estados más poderosos el motivo, con verdad o sin ella, de ser reconocidos.



ARTURO ENRIQUE SAMPAY

NELSON

Entre la no menos de media docena de hijos de John P. Rockefeller Jr. hay uno solo con franca vocación política, a saber: Nelson. Aceptaremos que no se va al gobierno en representación de su familia aunque el padre y el abuelo formaran imperios dentro del estado, más la educación dada a un príncipe de la acción privada no se anula al florecer en la más corriente administración de la república. Por muy político que sea Nelson, y no hay duda que lo es, la defensa general de los intereses siempre pesará para él más que para el político común. No extrañe pues que desde cuatro años atrás cuando como Coordinador de Asuntos Panamericanos se trasladara de Nueva York a Washington el joven Nelson fuera una neta cifra política, con autonomía en razón de su propio peso, y que los quisquillosos jefes del departamento de Estado bufaran sin disimulo apenas vislumbraban su descuidado jopo de zaino colorado. Es posible que la Argentina haya puesto su granito de arena para que Hull sintiera el peso de sus setenta y pico pero puede estar seguro que por cada grano nuestro Nelson ha puesto tres o cuatro y que en estricta justicia a él le correspondería pagar la cuenta del sanatorio que últimamente ha estado albergando a don Cordell. Para nosotros el de Nelson es el primer nombramiento de significación hecho a raíz de los recientes cambios, puesto que el nuevo secretario Stettinius no es ni siquiera un antifaz puesto a la acción directa de Roosevelt si no el indispensable simple eficiente administrador del movimiento mecánico de un departamento por cuyo descalabro clamaba ya el público. Sin duda en adelante Roosevelt tratará directamente con Nelson Rockefeller las cuestiones suramericanas, correspondiéndole así el papel que en los últimos tiempos (quizás desde que se fué Welles) Adolfo Berle ha desempeñado frente a Hull según se acaba de publicar en Buenos Aires. Incidentalmente esta actuación de Berle arroja una luz hilarante sobre la diplomacia para quien conoce a Washington, porque si tal fué el consejero que picaneaba al anciano jefe contra la Argentina se ha estado sufriendo una dolencia que requería accesibles remedios.

Adolfo Berle que fué un joven prodigio y a quien la actuación pública no le ha hecho perder su estructura mental de "scholar" ni su repugnancia por el mero juego político, es uno de los hombres más sensibles a un sólido argumento expuesto a través de una mesa servida con dos copas y una botella de buen whisky. Como a pesar de todo lo que pueda decirse la civilización norteamericana es pródiga en mesas, como a pesar de la guerra y los consiguientes altos precios se puede conseguir buen whisky, como los mejores argumentos y razonamientos favorables a la posición argentina y que se sabe que son de los que convencen al señor Berle

se encuentran a pasto en los numerosos libros y artículos publicados por el mismo señor Berle, en una palabra, como todo lo indispensable para atenuar nuestra tensión con el norte en una de sus fuentes respondía a tan sencillo mecanismo, da risa pensar en la cantidad de malas voluntades y peores medidas acumuladas por una ausencia de iniciativa. Y decimos risa porque ya se nos ha indicado que quien se hace mala sangre tiene dos trabajos, ambos inútiles. Pero dejemos al ya retirado rubiecito Berle para volver al actual y rubicundo Rockefeller. Nos consta que desde que daba sus primeros inocentes pasos en la vida pública Nelson se familiarizó con varios increíbles relatos de un país singular. Se trataba de un país dispuestísimo a establecer las más cordiales relaciones con Washington sobre la base de principios proclamados, entre otros, por los Estados Unidos pero que retiraba el brazo cuando en el momento de sellar el pacto esos mismos Estados Unidos avanzaban con una índole de relación que nada tenía que ver con dichos propios principios. Entonces érase que por mucho que los nuevos tiempos forcejearan por cambiarlo, Hull respondía a las características de un hombre formado en la era del paternalismo y sin duda se irá de ésta vida sin comprender que entre países lo regular impuesto por consentimiento de los interesados pueda ser mejor que lo bueno impuesto por "dictat".

Naturalmente y por añadidura la alternativa bueno-malo planteaba un juicio de eficiencia económica "made in U. S. A." sin consideración a la soberanía política que es lo que indispensablemente necesitan para "ser" las hermanas menores. Por lo visto diríase que a Nelson le será más accesible el concepto de que la justicia empieza por ser una cuestión de jurisdicciones y que una nación por pequeña que sea no puede juzgarse la vida, al modo draconiano, sobre sí erró o no en una cuestión de importación de sardinas que envasó el tío Sam. Nelson sabe también que ese país que busca justicia justa no es tan increíble después de todo porque está aquí no más y se llama la Argentina.

ALBERTO CAPRILE (H.)

CORRESPONDENCIA DE NUEVA YORK

Querido fiato: por fin una carta tuya llena de noticias y referencias de la patria fabulosamente lejana. ¿Has pensado qué lejos estoy de allí? Yo ya me lo había supuesto, antes de embarcarme en trance de becarío, pero hay que estar aquí para apreciar toda la distancia, todo el kilometraje de usos, modos, contorno social, temas, concepto de vida, costumbres, reflejos, reacciones y tres líneas

más de casas, que nos separan. Y aparte de esos, la pila de kilómetros de a 1000 metros cada uno, entre la Libertad y el Obelisco. Hay que tener realmente muy amplia conciencia para concebir en serio —y más para adherir— a eso que llaman conciencia continental. Yo cada vez veo más claro —no hay sino salir para ver— que hay tres américas: la anglo, la luso y la hispanoamérica y que todo lo demás es determinismo geográfico o hegemónico. Tú dirás que no era necesario irse tan lejos para percibir eso que es lugar común entre todos nosotros; pero una cosa es saberlo cerebralmente, entender y creer eso y otra, muy distinta, verlo, sentirlo, palparlo vitalmente. Me parece que esa será la mejor lección y el mayor provecho de mis estudios de perfeccionamiento en ciencias políticas y sociales. Perdón por la digresión y sigamos.

Sí, ya estoy de nuevo en Nueva York. Del viaje a Los Angeles, me quedó el recuerdo de Mary Betty, pero no por lo que tu suspiración me da a entender en tu carta. No. Aparte de la tristeza que me contagió la tristeza de la chica, retengo de la larga charla, (apenas te conté su esquema en mi carta anterior) el espíritu que la informaba y que al llegar al Este he visto reflejada en el clima político de fondo que aquí se respira, se palpa, casi: no hay nada que hacerle: este país o mejor, este conjunto de países (pues EE. UU. no son estados unidos sino estados reunidos) pueden llegar a coincidir con Inglaterra superficialmente y de paso, como Mary Betty y el estudiante en el banco de aquella plaza, pero vitalmente, profundamente, no se entenderán nunca. Los separa Europa, la raíz de Europa, con la cual nunca EE. UU. ha estado en contacto telúrico: no ha tenido el pasado profundo de la Edad Media y por eso ha vivido y vivirá aislada de la europeidad. El gajo que aquí se plantó se había separado del tronco. El gajo siguió siendo gajo, pero los nuevos brotes, nacidos de la segregación, subestimaron o ignoraron la vieja cepa. Nuevamente perdón por este largo rodeo que nos aleja de la actualidad (pero que la explica).

Me felicita por el acierto de mi predicción respecto al sucesor del casi ex anciano y ex Secretario Mr. Hull (1). Te confieso que el mérito es más bien de mi informante, vinculado a amigos de Summer Welles, gente muy al tanto de las cosas internacionales y cuyo regocijo por el apartamiento de Hull es enorme. No creen, sin embargo, que dure el joven en nominativo y se apoyan en la buena cosecha de rectificaciones de que está siendo objeto a tan poco de andar. Agregan que el Senado sigue malhumorado con esta designación que consideran precipitada. Le atribuyen inexperiencia para el cargo —eso parece evidencioso si se estudia la carrera comercial de Stettinius— y ya le están moviendo el piso con la postergación de los nombramientos de Nelson Rockefeller y su grupo, encargados por el nuevo Secretario de surcir la túnica, bastante apollada, de la buena vecindad.

Te habrás dado cuenta de que el problema panamericano, con ser muy importante como preparación del *hinterland* postbélico, no es lo que está en el tapete en estos momentos. Lo más serio es la fisura que se está provocando entre los aliados (no olvides que son dos: el resto no cuenta entre sí y entre éstos y Rusia. Por un lado mientras Churchill trata de contener a ésta en Grecia, evitar que predomine en Italia y que entre a España, manda a su "obra predilecta", de Gaulle, a destruir a Stalin. Por su parte Roosevelt indica a su Secretario que desaprube las ingerencias de Inglaterra en la "libre determinación de los países" amenazados por la liberación rusa, con el objeto de complimentar así, a Stalin, que está teniendo planes

(1) Se refiere, sin duda, a una carta que publicamos el 17 de noviembre (Nº 21), en la cual nuestro colaborador a la distancia, prevía con casi un mes de anticipación —la carta llevaba fecha 1º de noviembre— el nombramiento del Sr. Stettinius para la vacante que, por enfermedad, dejó Mr. Cordell Hull del cargo de Secretario de Estado. (N. de la R.)



mediterráneos, por no decir *totaterráneos*. Mira, si no, cómo maneja los titeres españoles en el destierro, cómo no avanza en Prusia, con qué Sforza enerva lo de Italia, cómo bulle en Grecia y cómo excita al laborismo en la propia Inglaterra. Preveo difíciles momentos parlamentarios para Churchill, a quien tal vez dentro de poco lo veamos tildado de "enemigo de la humanidad".

Las noticias que me llegan de Buenos Aires siguen siendo confusas. Advierto en tu carta un pesimismo moderado y aprecio por tu "catálogo de síntomas" la razón de tu estado de ánimo deprimido. Como para las Navidades pienso estar contigo y con ustedes (*quam bonam et quam jucundum habitare fratres in unum*) —consulta el latín con Pacumio, el hombre que río— tendremos paz y tiempo para hablar de todas las cosas humanas y divinas de que estoy privado. Desde aquí sigo viendo a la Argentina como "continental bandera". No te desanimas demasiado, que desde la tercera dimensión que me da la distancia, veo en perspectiva a mi país "especial", como me decía un buen yanquico del Sur, de quien me hice amigo. Lo veo desordenado, desorganizado (como todos, créemelo) pero con *equilibrio*, gracias a las imponderables fuerzas del pasado que actúan como por iluminación sobre el confuso —lo dices tú— presente. A lo mejor nos veremos en los Benitos. Un abrazo.

BELISARIO.

PARENTESISIS

En los días que corren son igualmente sombríos el horizonte del mundo y el de nuestra patria. Para dotar a esta comprobación —obvia por otra parte— de mayor exactitud, habría que agregar que desde hace seis meses, uno y otro problema han entrado en crítico proceso decisivo.

Pareja circunstancia no era ciertamente la más apta para el trabajo intelectual y la meditación. Sin embargo, hace justamente seis meses, un grupo reducido de argentinos —sacando fuerzas de flaqueza— emprendió la ardua tarea de editar semanalmente NUESTRO TIEMPO.

Salíamos al encuentro de los lectores —ya lo decían los propósitos iniciales— resueltos a entendernos acerca de nuestros grandes temas de la hora: Europa y la Argentina.

En lo que se refiere al primero tuvimos oportunidad de señalar con suficiente anticipación, que en lo que en la actual guerra se debatía no era el porvenir de la democracia ni la libre determinación de los pueblos, ni la suerte del Imperio británico, ni siquiera la extirpación de fascismos y comunismos, sino algo mucho más hondo y decisivo: la posibilidad de que los particularismos nacionales —anacrónicos ya— fuesen asumidos en una nueva unidad supranacional. En otras palabras; que los pueblos de Europa, sin alterar para nada sus respectivas fisonomías nacionales, pasaran a convivir, política y culturalmente, dentro de la *societas europea*, como tal sociedad. Así lo exigía la madurez histórica de Occidente. Por lo tanto, la razón de ser profunda de la actual contienda es más la pugna por el logro de esa maravilla que es siempre una nueva forma de convivencia social —desde la cual y en la cual sólo es posible renovar y mantener los valores tradicionales— que, como lo creen los hombres prácticos, por meros intereses económicos o nacionales.

Ahora bien, a esa forma de convivencia y concordia, que ya surgía en muchos puntos del horizonte europeo y era patente en sus mejores concienelas intelectuales, una doble barbarie amenaza ahora destruir: la barbarie de la incomprensión yanqui respecto de los asuntos europeos, y la barbarie, no incomprensiva sino *maliciosa*, anticoncidental, del comunismo rojo.

Los trágicos acontecimientos de estas últimas semanas han venido a dar, creemos, sobrada razón de esta tesis.

Los problemas nacionales han sido replanteados por NUESTRO TIEMPO a lo largo de todos sus números. En tal sentido la Revista señaló la necesidad de que las ideas políticas puestas en circulación por el nacionalismo fuesen rigurosamente confrontadas con la realidad actual del país, so pena de ahondar aún más la división y la discordia que ya apuntan amenazantes.

Hizo también enérgicos reparos a la forma en que aquí se ha planteado la llamada cuestión social, mostrando que no es posible una política social si antes y por encima no existe una política a secas; porque desvinculado el problema social de su necesaria subordinación a lo político, no sólo deja de ser *ipso facto justo*, sino que acaba por trocarse en el más nocivo de cuantos fermentos de anarquía andan hoy sueltos por el mundo.

Nuestra política internacional o mejor dicho su conducción a partir del discurso del 26 de julio, es casi lo único que —*ab initio*— ostenta signo positivo. Cuando nada, absolutamente nada de lo que acontece en el orden interno llega, en última instancia, a ser merecedor de elogio y aprobación —no discutimos aquí las buenas intenciones— la política internacional, en cambio, alimenta la esperanza de todos los que sentimos con hondura y seriedad los problemas nacionales.

El país espera, el país desea, que alrededor de este vital interés se recupere y reorganice en plazo no lejano, la unidad de los distintos sectores sociales.

NUESTRO TIEMPO, que a partir de este número y durante los meses de enero y febrero próximos suspenderá sus entregas semanales, ha querido recordar brevemente cuál es su posición. Se despide pues de sus lectores, hasta la segunda quincena de marzo.

NUESTRO TIEMPO.

ACLARACIONES

Una chispa de mi nota "Jugando con fuego" en la que comenté unos desgraciados párrafos del P. Ducattillon, (ver N° 23 de NUESTRO TIEMPO) ha sido causa de un pedido de aclaración por parte de un buen amigo de la Revista, que viste también el glorioso hábito de los dominicos y que *tempore opportuno* supo fijar, desde las columnas de un diario local, la buena posición ante los desbordes del cofrade encaramado en un púlpito ilustre. Lo hizo públicamente, con eficacia y valentía, munido de la autoridad —aparte de la intrínseca— que da a un religioso la certeza de que sus escritos cuentan con la garantía de la aprobación de sus superiores.

Dicho esto, apaguemos la chispa. Fácil empresa, porque la aclaración pedida se refiere

a palabras que habría que haber interpretado dentro del clima de indignación provocado por el hecho de que un *reputado profesor de teología pudiera ignorar lo que sabe hasta un aspirante de Acción Católica* (1); esto es, que no hay que jugar con fuego. Que otra cosa lo sería el largar fórmulas doctrinariamente erróneas como la de *Iglesia libre en un Estado libre*, y predicarlas luego, sin salvaguarda alguna, como un "ideal", como la "mejor obra", como la desembocadura de un problema cuya solución habría sido "obscura y perseverantemente" perseguida por Francia desde sus comienzos.

Y si agregamos que todo eso fué dicho con la resonancia que da el ilustre hábito de los Predicadores, ¿qué extraño que se haya levantado con fuerza una voz laica, tal vez desafiada? ¿O es que contó, acaso, con "autorizaciones necesarias" la expresión escrita de tamaño error? ¿O es que no está sujeto a ninguna aprobación *previa* la palabra de un religioso por el sólo hecho de estar lejos su Convento original?

Estas son las preguntas que importan. No el retruécano de las palabras "conferenciantes" y "predicador" con que *in excessu meo* jugué, jugando yo también con fuego, a modo de *doublet* intrascendente, dicha en tono de sarcasmo menor. No se vea, pues, en ello nada lesivo a la venerable Orden de Santo Domingo, a la Orden de la Verdad, que no tiene la culpa de que uno de los suyos prefiera a la predicación de la doctrina, —para lo cual profesó— conferenciar a tontas y a locas con el espíritu del siglo.

CL. E.

(1) Lo subrayado corresponde a una eschela elaborada en la revista (cuya página 666 seguimos esperando) en donde se ensaya una justificación del famoso apotegma. Para ello apelan al contexto, fielmente transcripto en mi nota, del artículo del reputado teólogo. Dice la eschela, a modo de explicación que: "... el P. Ducattillon no aprueba sin explicarla la fórmula: "Iglesia libre en un Estado libre". Agrega: "Al decir *autonomía recíproca y armonía* —sobre todo *armonía*— ¿acaso no proclama que no se trata de un estado de separación que, por cierto, sería censurable si se lo considerara como el mejor en sí mismo y universalmente?". —¡Ah! El secreto estaba en la palabra *armonía*! ¡Vamos, vamos! Si la fórmula en cuestión tiene un sentido, es éste: que la Iglesia de Dios esté libre del Estado y que el Estado esté libre de la Iglesia de Dios. Con lo cual se viene a caer en esta enormidad: que algo —nada menos que el Estado— quede fuera de la jurisdicción de la Iglesia. Para cohonestar ese claro error con la doctrina, basta con decir: sí, pero dentro de la *armonía*. Convergamos en que más que enunciado de un "ideal", esto es la formulación de un mal menor en procura de un *status* irrealizado e irrealizable que —por más armonía que lo queramos poner— cae dentro de la proposición: "Debe separarse la Iglesia del Estado y el Estado de la Iglesia" condenada por el Syllabus. (Prop. 55). Y convergamos también que si eso es el fruto de tanto estudio, hay que enseñar menos armonía en los seminarios franceses.



EL DEGÜELLO

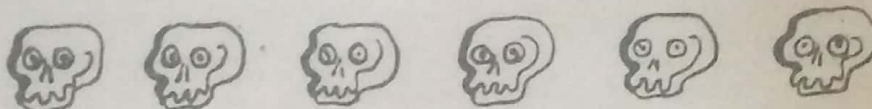
Fragmento de *La Batalla*.

"Le contrario de la realidad para obtener el calma de la verdad".

GORTUE.

Puedo contar ciento cincuenta cuchillos que arranco de entre los dientes de mi escudero, para hundirlos en los resquicios de la piedra y escalar así, presto, sobre ellos.
(Nidos de arañas y musgos centenarios desplaza también el acero).
El sol levanta un olor fuerte de mis músculos y un vaho de selva sube de mi pecho,

para hacer latir la carne de mi rostro, porque en la batalla yo no tengo esclavos y esgrimo mis brazos tantas veces como miles de muertes descargo sobre habitantes de Rostro Ignorado. Mi escudero también es invulnerable; (agua en los ojos y pluma en los pies) por eso tengo dispuestos los cuchillos que le son arrojados desde la arena. Busco en lo alto y calculo la falta de otros ciento cincuenta cuchillos; pero ya llega a mis oídos el clamor de un idioma para tender entre mi pecho y las flores del pueblo de Rostro Ignorado. Y ciento cincuenta cuchillos hacia la base, sobre la sombra de mis plantas, hormiguea inencontrable número de soldados con el signo de los míos



COLOQUIO DE LAS CRIATURAS EN EL YERMO

Supóngase la escena en el huerto de un monasterio, e imagínese a éste sobre un lugar alto y apartado, en alguna de las comarcas marítimas de Europa que, entre los cabos de La Hogue y de San Vicente, miran hacia el Nuevo Mundo. El Padre Eleuterio, maestro de novicios, y Deodato, postulante en visperas de vestición solemne, conversan debajo de un roble copudo y prócer. El giro del diálogo toma su movimiento de dos aseveraciones correlativas. La primera es de San Pablo, el Apóstol, en su epístola a los Romanos (VIII. 22): *Scimus enim quod omnis creatura ingemiscit et parurit usque adhuc*. La segunda es la definición del Religioso por antonomasia, implícita en estas palabras de Santo Tomás (Contra Impugnatores Dei Cultum et Religionem, I, 1): *Et quia omnis creatura prius in Deo cristitit quam in se ipsa, et a Deo processit, quodammodo ab eo distare incipiens secundum essentiam per creationem; idea rationalis creatura ad ipsam Deum debet religari, cui primo coniuncta fuerat etiam antequam esset, ut sic ad locum unde crevit flumina revertantur*. La conversación coincide con los últimos momentos de un atardecer del mes de mayo, en época no muy lejana a estos días. Otras circunstancias relativas al tiempo, al lugar y a las personas, han de ir apareciendo en los términos del coloquio, conforme lo exijan la verdad y la poesía del asunto.

I

PADRE ELEUTERIO. — Ya le contemples de fuera, ya le compares de dentro, este lugar es como el ápice y la corona, y como la cúpula y la ofrenda de esos cuatro horizontes.

¡Con qué atención miran hacia este punto, y qué legible es a nuestros ojos, desde aquí, la verdad en ellas escrita!

DEODATO. — En la pendiente que sube del septentrión, blancos rebaños y caseríos blancos y rojos y tierras de labranza;

Y en el aire tranquilo

El índice de paz de los cipreses, de los álamos y del humo doméstico.

PADRE ELEUTERIO. — Responde el medio-

dia con pingües olivares y mieses y viñas lozanas, que llevan doblado su aceite y su pan Y doblado y dorado su vino.

DEODATO. — Grandes montes del lado del oriente, a los que el sol reviste en una sola jornada los colores de toda la Liturgia.

PADRE ELEUTERIO. — Y en occidente, el mar.

DEODATO. — El océano amargo y difícil; pero fecundo y magnánimo.

PADRE ELEUTERIO. — Padre salobre de las dulces aguas:

De la que surge de las fuentes del norte, fresca y vivaz, en medio de un corro de aldeanas festivas;

De la que cae de los grandes nimbos, rumorosa y pacífica, en los campos del sur;

De la que luce, bienaventurada, sobre las cumbres del naciente.

DEODATO. — Y en el lugar cerrado y separado por estos muros de bendición que nos rodean,

El varón de altos deseos.

PADRE ELEUTERIO. — El hombre universal: resumen, razón y exaltamiento de esos cuatro horizontes,

Que le alimentan, sólo para mirarle vivir.

El que habiendo dejado la multitud innumerable y muda de las obras humanas,

Devuelve número y voz a cada una,

Y entra con todas ellas, solitario, en la unidad.

DEODATO. — Hechura de un canon celeste, que le hace libre,

Y de una triple oblación, que le hace eterno.

PADRE ELEUTERIO. — Voluntad y gestión persuasora del Espíritu de Cristo, que ha inspirado ese canon;

Y labor de las manos de la Esposa de Cristo,

Que saben convertir el oro avaro y lleno de ganga del terrenal obsequio.

En integro tesoro, estupor y fortuna de los Angeles.

DEODATO. — Tal fué mi tácita oración esta mañana, antes de alzarse el Cáliz.

PADRE ELEUTERIO. — Secretamente la dije yo sobre el don de los fieles, antes de alzar la voz en el Prefacio:

Propitius, Domine, quoniam, haec dona sanctifica,

Et hostiae spiritalis oblatione suscepta, Nosmetipsos perfice munus aeternum.

DEODATO. — *Per Christum, Dominum nostrum, Amen*, porque a eso he subido hasta aquí.

Y no huyendo del mundo a esconder la hiel de algún despecho,

Sino impulsado y levantado por ese inmenso rueda de formas y colores, que sólo ahora empiezo a ver en su bondad nativa.

PADRE ELEUTERIO. — No de esas cosas únicamente conmovido, sino del Viento movillísimo que las trasciende y las rodea,

Y las envía mucho antes que a los Doce.

DEODATO. — Y hace que ordenen su noticia, como ellos, dentro del círculo del año,

Según las va moviendo en sucesión versátil, con su armonioso y fecundo respiro.

PADRE ELEUTERIO. — Delicioso es de veras a todo el bosque el retorno de la mínima violeta,

Puntual, devota y sugerente como una ceremonia.

DEODATO. — Y es tierno al hombre contrito el verla ungrir otra vez con la potente suavidad de su perfume

Los pies del alto cedro.

PADRE ELEUTERIO. — Como también es cosa de fe, que ablanda el pecho más duro y pone un santo coraje en el alma,

El ver abrirse de nuevo en los breñales de la sierra el lirio montaraz, color de aurora;

Porque al mirarle así, entre espinas y peñascos, delicado, salpicado de púrpura,

Sube el recuerdo del lugar de la pasión divina, y se oye el verso del Profeta:

¡Quién es éste que viene de Edom y de Bosra, teñida en sangre su vestidura?

II

DEODATO. — Diserto y vario y prolijo es el lenguaje de nuestra hermana, la madre Tierra.

PADRE ELEUTERIO. — Distinto y seductor y siempre nuevo para la breve y leve atención que cabe en la vida de un hombre;

Pero a lo largo de nuestra historia, ya tan larga,

Bajo la voz del natural mensaje, tantas veces repetido,

Se oye como un lamento.

DEODATO. — Bien sabéis, Padre: si el curso de los átomos, latente,

Suscitado en el ancho seno del humus, de la luz y del aire,

Concluye, en el minúsculo prodigio de la flor del manzano,

Un orbe perfecto y sabroso;

Y si los orbes, con su impetuosa geometría y la terrible majestad de su paso,

Conducen leva de almas admiradas para el Señor de los ejércitos,

Es porque átomos y estrellas, lejos de la quietud omnipresente, lejos de la inmutable serenidad que cortejan y alaban,

Gimen pidiendo su sólida parte en un reposo inamisible.

PADRE ELEUTERIO. — Bella verdad es esa contra doctores tenebrosos, desolación de pacimientos y de bodas; y contra impíos agoreros

Que en la paterna mano del Hacedor ponen designios de catástrofe;

Buenos, también, contra risueños ludas de salón, bombardados y cruciados.

Que anuncian y celebran, obreros de verdad, el horror de una danza de mudas infinita.



marcado a fuego en los hombros.
 Los azuza el grito de los suyos, que mueren:
 (rios de ceniza hierven por las carnes abiertas).
 Unos alcanzados por los dardos
 de Rostro Ignorado,
 que apretándose las heridas,
 dicen su último verso por el Rey Guerrero
 que supo llevarlos con mano de hierro
 hacia el ocaso.
 Y otras, con los pechos hacia la luz,
 (lava y azufre bajo la escarcha
 y más adentro siempre la nieve)
 tragan agua del mar
 mientras cantan su última loa
 al Rey Hermoso
 que pudo hacerlas vivir como siervas.
 Los que me siguen justos están con los cuchillos
 que reciben de sus compañeros,

victoriosos en la arena,
 (Siempre pluma en los pies y rocío en los ojos).
 Cuando llegamos a la cima
 doy la señal de degüello
 al tomar a un habitante por los pelos
 y arrojarlo a la playa.
 (Centellas en mis pupilas
 y flechas en la frente).
 Peleamos con tres aceros,
 uno en cada mano
 y el tercero entre los dientes,
 de repuesto.
 Y, como yo Rey,
 no tengo esclavos en la batalla,
 pronto los imprudentes son exterminados
 y los sabios agregados a las filas de los míos.

ILKA KRUPKIN.



Mas llega tarde contra mí, siervo y discípulo
 de la Sabiduría humanada y tembloroso
 dispensador de sus misterios,

Que sabe, discernir en las entrañas del
 guijarro tenaz, y en las del pecador más obsti-
 nado, el hambre divina.

Escucha, hermano: tú mismo, un día, en
 este mismo lugar, si perseveras,

Tal vez en medio de un salmo, tal vez cau-
 tivo, de pronto, en la venturosa trampa de
 algún silencio,

Sentirás por debajo de esa congria ele-
 mental que tú dices, condición de salud y de
 belleza universales, la que yo digo:

Pesadumbre adventicia que apaga el brillo
 y quiebra la voz de las criaturas en la fiesta
 del ser.

Y mirarás de nuevo a estos cuatro hori-
 zonte.

Y conocerás el rostro de tu esperanza ge-
 mebunda en el viviente espejo.

DEODATO. — ¡Acaso la ceguera del pueblo
 de Dios nubló también los ojos de las cria-
 turas inocentes

En el monte Calvario?

PADRE ELEUTERIO. — No ciegas, no insul-
 tantes, por cierto, sino atónitas y envueltas
 en grande turbación se estuvieron allí.

Testigos fieles de los extremos del enojo
 y del amor divinos, la luna y el sol manifes-
 taron el asombro de la esfera celeste;

Y desde el fondo de los mares subió la se-
 dienta esponja hasta los labios de Jesús Na-
 zareno

A consumir las Escrituras.

DEODATO. — Compacientes del Verbo que
 las hizo, pero ignorantes, quizá, de su victo-
 ria.

Parecen estar como a la espera del mismo
 pretérito que anuncian:

Parecen no saber que la admirable profe-
 cía que ellas repiten incesantemente se ha
 convertido en evangelio;

Qué el gran libro de los enigmas resuena
 ahora en el lado diestro del altar,
 Claro y sencillo como una crónica.

PADRE ELEUTERIO. — Ni griego ni judío,
 el pueblo de las criaturas inocentes ha reci-
 bido su lugar en el Coro.

Y asiste al Sacrificio, y tiene honrosa par-
 te en el ministerio de los Donos que descien-
 den, y en la Significación de las ofrendas
 que suben,

Así, enocen ellas cabalmente la victoria
 de Cristo, capital; y si esperan y lloran,
 Es porque aun está por venir, y tarda mu-
 cho, la gloria de Lázaro.

Un día, en Betania, le vieron redivivo y
 envenal de la Vida misma,

Sentado a la mesa que ellas preparan y
 que el Cristo cocina;

Y allí fué el alborozo, y el pensar que ya
 nunca bajará a otro sepulcro,

Sin al dominical, a revestir la estola im-
 pasible y cantante de los Pares del reino
 davidico.

Poco después, a través del Mar Interior,
 en soledad, en sed y en hambre, vino el her-
 mano de María y de María;

Las brisas tibias de occidente y el jaloque
 ardoroso palparon con temor y reverencia
 aquellas sienes, aquellas manos redimidas de
 la disolución abominable:

Comió, bebió; respiró el turbado aliento
 de la frecuencia humana; partió el pan a los
 pobres;

Y lejos de la patria, restituyó su vestidura
 de portento al humillante sueño,

Derrumbado entre larvas y raíces.

Por eso las aguas del Ródano robusto, y
 las montañas que le nutren, y los vientos, y
 el fuego, y todos los clamores y murmullos
 del ansioso planeta,

Repetirán hasta el fin de los siglos el llan-
 to de las hermanas, poderoso,

Ante el dolor omnipotente del Amigo.

III

DEODATO. — ¡Oh, quién pudiera gemir por
 otros, como ellas!

Porque he visto a mi alma sin aliento, li-
 gada y tendida en la cueva de mis delitos,
 y no puedo llorar sino por mí.

Aunque bien me quisiera un manantial de
 lágrimas limpias con que lavar la culpa de
 tantos cómplices y émulos como dejé en el
 mundo;

Donde veo flotar, niebla pringosa por
 encima de las ciudades, el hedor de miles
 y miles de almas.

PADRE ELEUTERIO. — Ya no eres del mun-
 do. Aun no tienes misión contra el mundo.
 Aparta los ojos de allá.

Mira más bien con qué alegría se consume
 aquí el sufrido incienso,

Y cómo sabe sacar de las ascuas que le
 atribulan, el fervor y el arrobó con que di-
 lata su virtud.

DEODATO. — Ciudades levantadas por la
 esperanza teológica de varones y vírgenes
 heroicos,

Amasado el cimiento con el despojo de los
 fuertes, fortificado el sillar de los muros con
 el aceite de la unción,

Donde turbas frenéticas venden y com-
 pran, hoy, a grito herido,
 La sangre de los pobres,

El pudor de las doncellas,
 Y el corazón de los infantes.

PADRE ELEUTERIO. — Díez justos habrá en
 ellas, todavía, cuando aun no han sido aso-
 ladas.

DEODATO. — Hacia el fin del crepúsculo,
 no bien cesa en el foro el tumultuoso mentir
 de los mercaderes,

Enciéndese en el aire una alarida de abi-
 garradas letras:

Estóldos pregones, heraldos nocturnos de
 la avaricia y la lujuria,

Prolongan con lívido desvelo sus guñños
 espantosos hasta la luz del alba.

PADRE ELEUTERIO. — Hasta la luz del al-
 ba, en muchos templos, una lámpara insom-
 ne está poniendo estorbos a la ira del Santo
 de los santos.

Con el temblor de su llama clandestina.

DEODATO. — Yo, que a lo largo de tantas
 noches, envuelto en cantos impuros,

Llevado y traído en cuerpo y alma por un
 vaivén disparatado,

Acompañé la sucia vigilia de aquellas lu-
 ces...

PADRE ELEUTERIO. — Prolongarás aquí tu
 vela después de maitines; y el giro solemne
 de las constelaciones te hará séquito.

Por lo cual, si al Señor place, más de una
 vez encontrarás tu mente sin el peso de ayer
 ni el afán de mañana,

Envuelta en el clamoreo jubiloso de los
 celestes aleyunas

DEODATO. — Rezan muy bien su credo,
 ciertamente, el grano de perfume y la llama-
 ta suplicante bajo las bóvedas de piedra, an-
 te el sagrario;

Pero, lámparas vanas y turibulos fríos,
 ¡cuántas y cuántos hay en esta inmensa ca-
 atedral viviente que el estío abastece y el in-
 vierno despoja!

PADRE ELEUTERIO. — Cada estación tiene
 su voz dentro del año; y ya llegó a estos
 aires el tiempo de la voz de la feliz alondra.

*Iam enim hiems transiit; y hoy la vi sus-
pendida entre el cielo y la tierra,*

Cantando ardientemente con el primer cla-
 ror de la mañana:

¡Criaturas del Amor, bendecid el Amor!

DEODATO. — Cada hora tiene su voz, en
 primavera. Hoy mismo, Padre, con el ardor
 del día,

(Cuando inflamado en el cenit bramaba
Taurus, y al otro lado del mundo se retorcía
Scorpio en las tinieblas),

En aquel umbrroso rodal de tilos, junto al
 mar, se oyó el gemir de la paloma:

¡El Amor no es amado, el Amor no es amado!

PADRE ELEUTERIO. — Y pasará el verano,
 turgente de vida, hacia otras tierras; y so-
 llozará el viento de otoño en la alta noche,
 a través de las ramas enjutas; *¡El Amor no
 es amado!*

Pero nadie prohíbe al agua su virtud, ni
 a la sangre su fuerza, ni al fuego su victo-
 ria;

Y un día dirán los tres, con inviolable tes-
 timonio, que en el extremo de todos los amo-
 res sólo el Amor es amado.



DEODATO. — Entretanto, he aquí el nuevo Edén con un deleite más difícil, más noble que el antiguo;

Y su Puerta de par en par, dando inútiles voces.

PADRE ELEUTERIO. — No habrán de ser inútiles, mientras el lino sobre el vestigio de los mártires tienda, extenuado, su mantel;

Mientras, humilde y entrañable, la obediencia del trigo y de la vid no deponga su aspecto familiar en el banquete divino.

IV

DEODATO. — ¡Oh, mesa de Jesús ante los Doce, todos los días renovada!

¡Oh, semblante accesible, oh modos amigables de la Presencia que todo lo penetra, secretísima!

¡Oh, rostro del Amor omnipaciente, cuyo anhelar y fraternales rasgos la fe percibe.

Cuyo decir saludable y tremendo desprecia la sorda impiedad y la costumbre ensordecida!

PADRE ELEUTERIO. — ¡Oh, pensamientos del Corazón sagrado, de generación en generación!

¡Velado flujo de eternidad que lava las aguas, unge los oleos y trueca el pan y el vino de nuestra pobre vida caduca

En su propia substancia, fuente de todo sabor!

DEODATO. — Bajo la espesa maraña de gestos y de gritos que alternan los días y las noches de la tierra.

¡Oh, escondido torrente de dones invisibles y de juicios callados!

Cuando caigas con armonía y con fragor inconciliables en el abismo de la última hora...

PADRE ELEUTERIO. — Se hará patente al universo lo que hay en el hombre.

Y cada hombre, sagrada píxide o infame sepulcro de las cristuras, gloria o afronta del Creador.

Entrará pulcramente en el lugar que hubiere preferido.

DEODATO. — Será la eterna división de las formas:

Un día espléndido, para siempre;

Y una noche siniestra, para siempre.

PADRE ELEUTERIO. — Será el limpio golpe de una espada vindicatoria.

Sentencia y rompimiento que las mismas tinieblas alabarian.

Si el alabar fuese posible sin tener parte en la luz.

DEODATO. — Misterio es, Padre, no poco turbador el que Dios haya unido alguna vez y para siempre estas dos voces: ira colúmbica; la ira de la paloma.

PADRE ELEUTERIO. — Al fin se deja ver lo que bulla reprimido debajo de tu acento.

Menos habría de turbarte el fuero violento de la divina caridad.

Si hubieses visto correr tu propia sangre en el hollado surco paterno, a la sombra de tu bandera...

Recuerdo los fulgores injuriosos, el aire homicida, el agua terca.

Y aquel ordenado furor de los cañones, y aquel impávido amanecer del cielo, un día y otro día, sobre la mortandad inacabable.

La idea de un imperio de honor y de verdad, la esperanza de un haz de naciones heréticas.

Pacificadas por la voz del Buen Pastor, en el total obsequio a la ley maternal de su Esposa.

Desvelaba mis noches de tregua, y daba un sentido de liturgia al trueno de la pólvora y a la implacable ráfaga de acero en los combates.

Cierto es: aquel santo designio de mis armas, aquel fervoroso ruego de mis heridas, fué convencido de locura:

Avaros y filántropos, llenos de saña y de galantería,

Los jefes de la victoria envolvieron a sus hembras en la costosa piel de los vencidos;

Y mientras los potentes empinaban sobre sus vientros hartos de dolor y de rapafia, el edificio de la paz perpetua,

Millares de guerreros revolaban el fuego extinguido bajo las ruinas de la pobre vivienda, o vagaban sin alma.



En busca de hijos y mujeres, por los barrios nefandos de Sodoma y de Lesbos.

Pero la muerte de tanto amigo a mi lado en las batallas,

Muerte sencilla y seria, y sin carnalidad, y sin miedo,

Acceptada de pie, como una misión de honor entre los muchos actos de obediencia de la dura rutina.

Me legó dos grandes lecciones. Por la primera entiendo, y es palabra del testimonio incontestable.

Que sobre la ignorancia de la ley de Dios, jactanciosa y blasfema,

Y sobre la impureza, el hurto, el fraude, el adulterio.

Y sobre la infame frustración de la vida en tantos lechos conyugales y la composición de males y de injurias, exquisita, que los ídólatras llaman la paz.

Es bueno y es razón que los estandartes de guerra y de exterminio levanten emblemas amorosos.

Igualmente verídica, la otra lección es ahora una parte de mi ser y una porción de mi esperanza: con ella afirmo

Que el más avanzado bastión contra los adversarios de la patria, la ciudadela más combatida, la torre de más precio,

Está en este lugar.

DEODATO. — ¡Tan juntas y trabadas traen sus intenciones la muerte y la vida?

¡Tan solidarios con la ruidosa emulación y con el tenso vivir en armas de la ciudad cristiana

Son el silencio y la salmodia de los claustros?

PADRE ELEUTERIO. — Defensa y virtud de la paz verdadera es la guerra con justicia.

Decoro y paz de la ciudad bautizada es el desierto con amor.

La misma noble cólera que pone a raya en nuestras almas al infierno, a la carne y al mundo.

Debe ser la que embrazca el pecho de nuestros capitanes contra los enemigos de afuera.

Y arme la diestra munífica del príncipe contra los enemigos de dentro.

La misma fuerte y suave providencia que te arrancó del siglo con maternos engaños.

Y sobreabunda en tu compunción y en tu deseo de unidad con el primer Principio.

Es la que un día vendrá a buscar, para salud de los amigos que dejaste en la urbe.

La recóndita miel que haya sabido elaborar tu alma en este yermo.

Y todo esto es así porque el león de Judá, victorioso, y el cordero de Dios, última víctima de todos los males.

Son una misma y única imagen substancial del sumo Bien.

Capaz de una muerte y de una vida inen-

rrables, todo en la tierra es para Él o contra Él, y nadie escapa a la opción decisoria;

O en húmeda aquiescencia la servidumbre exultante de su ley, que es mejor que ser libre.

O echar al cielo de Jesús, como un lazo, nuestra preciosa libertad y darle a muerte.

Presca y ludibrio de las tinieblas inmortales.

Tálamo del Amor escarnecido, la tierra entera es un lugar terrible;

Y al que en ella espara lo que juntó el Señor en ella una vez para siempre.

Escrito está: más le valiera no haber nacido.

DEODATO. — ¡Con qué atención miran ahora hacia este punto esos cuatro horizontes;

¡Y qué legible es para mis ojos, desde aquí, la verdad en ellos escrita!

PADRE ELEUTERIO. — Ya que por fin te reconoces en ese fiel contorno.

(Que un instinto seguro y un temor amoroso conducen con limpia tristeza en procura de nuestro cielo).

Vuelve a mirar a la civil Europa que recalcitra, enajenada, contra el estímulo indelicado de su antigua fe;

Vuelve a considerar en tu corazón, ahita del propio vómito y roída de lepra bajo el sonante oropel de sus ingenierías, la multitud de las ciudades;

Y asímelas, con su miseria presuntuosa, en tu oración.

Desde lugares como éste les fué alcanzado y comunicado, forma divina, el Amén que perdura en sus piedras;

Y mientras no pongan de nuevo aquí sus ojos, mientras ignoren la túnica que investimos, perpetuación visible de la vida del hijo del Hombre entre los hombres,

Será infructuoso el dolor de sus ciudadanos.

Y torpe su regocijo,

Y deleznable el muro de sus fronteras.

DEODATO. — Veo a una entre todas las ciudades: la más hermosa; y la miro a través de dos lágrimas,

Tal como la miré desde el collado que llaman de los Mártires.

En un atardecer de su espléndido otoño.

PADRE ELEUTERIO. — Tal vez oigas decir de ella, algún día: *perdonados le fueron sus muchos pecados, porque amó mucho.*

DEODATO. — A par del alma lo deseo; y la quisiera codiciosa del *Unum necessarium.*

Como María, la hermana de Marta, y como todos los que aquí se sientan a los pies del Señor,

Obedientes, pobres y castos.

PADRE ELEUTERIO. — Cuando el sol, inflamando el gracioso perfil de aquellas islas, a lo lejos, trasponga la línea ondulante del ocaso,

Y en lo alto de este roble y en todos los árboles del lugar cesen los vuelos y los trinos que ahora se escuchan.

Partirá desde aquí el toque del Ángelus en el aire cargado de aromas, hacia la buena gente comarecana.

Y los hombres de rostro serio y curtido, que vuelven de su afán en la ola y en el surco,

Y las mujeres animosas de esta tierra, diligentes abejas de las haciendas interiores, firmeza y consuelo de la difícil honra del varón.

Recordarán, tercera vez en la jornada, el Amén de la Purísima.

DEODATO. — El honor del Altísimo, el gozo de Israel, la Mujer fuerte.

La espuma y la corona, la súplica y la ofrenda inmaculada de todas las criaturas, el lugar de lugares, delicioso.

Era una doncellita ignorada del mundo; Y el universo entero pendía del sí de sus labios, anhelante.

PADRE ELEUTERIO. — Pronto hará de esto dos mil años; y esto será tan presente mañana como ayer, en la memoria de los hijos.

DEODATO. — ¡Oh, Virgen Prudentísima!

PADRE ELEUTERIO. — Sea, esta noche, nuestra oración, con Ella y con el Ángel:

Que lo que Dios ayudó en Ella, ciudad de Dios, no lo separe el hombre.

ANTONIO VALLEJO.

NUESTRO TIEMPO

Revista Semanal

Dirección y Administración:

Sarmiento 930 6.º B — U. T. 35-4800

El pintor Quiroz prefiere para sus cuadros los temas gauchescos: describe a los gauchos, su indumentaria, sus actitudes, sus objetos familiares y su escenario natural, todo con una fidelidad de documento histórico. Es lógico que este pintor costumbrista llegue con más facilidad que los demás a la popularidad: toca temas gratos a la sensibilidad del público y así obtiene su aplauso. La simpatía por el gaucho es algo muy arraigado entre nosotros y es bueno que lo sea.

Pero el noble amor por lo local no debe enceguecernos: veamos los cuadros de Quiroz con imparcialidad y observemos que su estudio de psicología popular es fragmentario y aún diríamos que superficial. Y destaquemos que si los temas han de tocar a las costumbres, la psicología debiera ocupar lugar prominente. Está bien que los detalles respondan crudamente a la realidad local e histórica pero nuestra atención se verá defraudada si la modalidad del alma de los per-

B. C. DE QUIROZ

sonajes no se insinúa en los retratos que constituyen las figuras centrales de los cuadros.

Quiroz prefiere describir caracteres vigorosos: retrata gente recia, dura, carnal con sus miradas a veces crueles, a veces pícaras, a veces sensuales. Pero no llega a darnos noción de la serenidad y de la nobleza que constituyen también una parte — la más hermosa — de esa realidad humana que es el gaucho.

No discutimos la técnica de Quiroz: responde a un concepto de su época, que no pretendía en ella ni frescura ni fineza. Por eso es recargada de empaste, sin mucha luz ni mucho aire, sin los refinamientos que no parecieran interesarle y que después de todo no son absolutamente imprescindibles, pero que darían otro nivel a su obra.

La forma de componer los dibujos es tam-

bién de antaño: trata de que la posición de los volúmenes esté dentro de la perspectiva natural; no contiene errores como no los contendría en ese sentido la fotografía. Pero la obediencia a las leyes de la apariencia visual no es suficiente como norma: existen otras leyes de composición que escapan a las reglas de la perspectiva y su violación al alejar al cuadro del concepto clásico y de las tradiciones magistrales, impide que la unidad de la obra se destaque fácilmente.

Pero no hagamos demasiado hincapié en estas debilidades del oficio que están encuadradas dentro de lo que la época del pintor Quiroz reputaba secundario. Diremos en su favor que es fecundo, fértil en temas costumbristas, gusta de lo amplio, emplea su técnica con brío y es parejo en manejarla.

Podría haber llegado a ser un buen pintor popular, pero su medio y su tiempo lo malograron.

MIGUEL RETO.



Ponemos en conocimiento de nuestros lectores que, de acuerdo al plan de publicidad, NUESTRO TIEMPO suspende la publicación de sus entregas hasta el 16 de marzo de 1945. Para que los suscriptores no puedan sentirse perjudicados, la administración — por

esta vez — prorrogará por tres meses la fecha de vencimiento de los respectivos recibos. En lo sucesivo la suspensión, durante los tres meses de verano, se adoptará como norma de nuestra dirección y administración.

INDICE GENERAL DEL AÑO 1944

EDITORIALES Y NOTAS

NUESTRO TIEMPO:

- Calles de Buenos Aires, XVIII, 4.
- Conducción política argentina, XII, 4.
- Convivencia política argentina, X, 4.
- El Estatuto del peón, XXI, 5 y XXIV, 4.
- Espantajos, XXIV, 4.
- Francia, el gran pretexto, XI, 5.
- Frente a la encrucijada, III, 1.
- Inteligencia y Revolución, IX, 4.
- Jerarquía de problemas, VIII, 4.
- La auténtica normalidad, XII, 5.
- La Cruz en el río, XXII, 8.
- La Cultura, VI, 4.
- La Majestad del Poder, XXII, 4.
- La Palabra del Papa, XI, 4.
- Los grandes diarios, VI, 3.
- Normalidad política, XIII, 4.
- Obediencia, XVIII, 1.
- Palabras de cordura, V, 4.
- Parentesis, XXV, 6.
- Personalidad de la Argentina, VI, 1.
- Política económica, XII, 5.
- Política gremial: el discurso en la Bolsa de Comercio, XI, 5.
- Propósito, I, 4; III, 4; IV, 4.
- Post Guerra, XXII, 4.
- Realidad política argentina, XI, 4.
- Un episodio, XXII, 5.

ARTÍCULOS

- BALBUENO, JOSÉ A.: Una iniciativa trascendente, V, 6.
- BARGALLÓ CHIO, JUAN MIGUEL: Hombre, Sociedad y Tiempo, IV, 5.
- Ubicación de la Política, VII, 2 y XXII, 6.
- BARREDA MERCAD, E.: Emilio Lendner, XII, 2.
- BERNARDO, HÉCTOR: La Geopolítica, VI, 4.
- BERTACCHINI, CARLOS: El problema médico frente al enfermo, VIII, 2.
- CABELLANI S. J., LEONARDO: Historia de la Educación, IV, 2.
- La Enseñanza, XVIII, 2.
- La Revolución rusa, X, 3.
- DEBISI, OCTAVIO N.: En la encrucijada de la historia, II, 1.
- La Recuperación del saber, IX, 6.
- Presencia del tomismo, VII, 1.
- DIBANOSO, CARLOS A.: El problema de la Africa, XI, 3.
- La fuente de la cultura, XVIII, 7.
- La voluntad heroica y la nacionalidad, VI, 2.
- ESTRADA, JOSÉ M. DE: José de la Rivera Agüero, XXIII, 6.
- ESTRADA, SANTIAGO DE: Charles de Foucauld, XXIII, 2.
- En la Asunción de la Santísima Virgen, VII, 4.
- En la Dedicación de la Archibasílica de S. Salvador, XIX, 2.
- Exaltación de la Cruz, XI, 2.
- Invitatorio, XVIII, 2.

- Los Macabeos, V, 4.
- Nuestra Madre Dolorosa, XII, 3.
- San Benito, II, 5.
- San Bernardo, VIII, 4.
- San Bruno, XV, 4.
- San Cosme y San Damián, XIII, 2.
- San Enrique, III, 5.
- San Juan Bautista, IX, 5.
- San Martín de Tours, XX, 2.
- San Pedro y San Pablo, I, 5.
- San Plácido, XIV, 3.
- San Rafael Arcángel, XVII, 2.
- San Silvestre, Abad, XXII, 2.
- Santa Cecilia, XXI, 2.
- Santa Rosa, IX, 4.
- Santiago, IV, 5.
- Santo Domingo de Guzmán, VI, 5.
- Tiempo de Adviento, XXV, 2.
- ETCHICOPAR, MÁXIMO: Política, IV, 4.
- Sobre Unamuno, I, 3.
- Temas para hablarlos, VI, 2.
- Tópico y realidad, II, 4; III, 4.
- Un libro nuestro, V, 2.
- ESTRADA MEDRANO, ALBERTO: La ciudad del mal, I, 4.
- HAYES (H.), CIDEI: El tabuleado, I, 6.
- HAYES (H.), PABLO: Problemas del campo, VIII, 6; XII, 6; XVI, 4.
- IRARRIZAGA, FEDERICO: Anales de la Historia. El signo de la Independencia, I, 5.
- Un ultimátum fracasado, IV, 6.
- La Reconquista, VII, 3.
- Francisco Miranda, XIII, 6.
- Una tradición y dos levantamientos, XX, 6.
- LARA, TOMÁS DE: Inmigración y radicalismo, VII, 6.
- MANDRIONI, HÉCTOR D.: Congreso eucarístico, XVI, 2.
- El último libro de Maritain, IX, 2.
- La Integración de Europa.
- MARTÍNEZ ESPINOZA, RODOLFO: Sobre el nacionalismo y lo posible, XXIII, 4.
- MENDIÓRIZ, CARLOS: El artista y su obra, XXV, 1.
- MEINVILLE, JULIO: Cristianismo y Democracia, XXIV, 1.
- Cultura y Educación, VII, 4.
- Dilthey y la filosofía del ser, II, 2.
- El mito de la persona humana, XVII, 1.
- El sermón de la libertad, XI, 1.
- Entiendo en lo más sombrío, VIII, 1.
- Francia, III, 1.
- La cité fraternelle, ciudad del anticristo, XIX, 1.
- La ciudad fraternal de Maritain, XVI, 1.
- La conspiración antierística, XXIII, 1.
- Libertad y autoridad, XIII, 1.
- Los dos universalismos, XII, 1.
- Los errores del P. Ducatillon y de los católicos cristianos, XIV, 1.
- ORA QUINTANA, JULIO M.: Los mitos de la política democrática, XXIV, 5.

PELTZER, ENRIQUE:

- Idea de la europeidad, XXI, 2.
- PICO, CÉSAR E.: El racionalismo y su crisis actual, X, 1.
- PINTO O. P., FRAY MARIO AGUSTÍN: La mística del Padre Agintero, XIV, 6.
- RAMOS, JUAN P.: Anatole France, V, 1.
- REY, JERÓNIMO DEL: El Lobo y el Cordero, II, 6.
- R. M. E.: Solidaridad, VIII, 1.
- SAMPAY, ARTURO E.: El Estado y sus atributos según la Convención inter-americana, XXI, 1.
- El reconocimiento de los gobiernos revolucionarios, XXV, 4.
- SEGURA, ERNESTO: Trento y la cristiandad, XIII, 3.
- SEPICH, JUAN R.: Autonomía Universitaria, V, 2.
- Ingreso a la Universidad, X, 5.
- SUNDELLAD, ERNESTO A.: Roberto Hugo Benson, I, 2.
- Una nueva edad media, X, 2.
- TEJÉN, ALBERTO: Necesitamos una política, XV, 5.
- Política de seguridad, XVIII, 5.
- TERÁN E., GASTÓN: Vida intelectual, I, 7; II, 7; IV, 7; VIII, 7; IX, 8; XII, 7.
- URIBE, BASILIO: Los Pobres, IV, 1.
- Recuerdo de Hölderlin, XV, 1.
- VALLEJO, ANTONIO: Coloquio de las criaturas en el yermo, XXV, 8.
- VIA, JUAN VICENTE: El maestro de escuela, XVII, 3.
- VOCOS, FRANCISCO J.: La vocación política, VI, 5.

POESÍAS

- BERNARDEZ, FRANCISCO L.: Soneto, V, 5.
- CALDERÓN: Ecclesias, XIII, 6.
- CARDONNEL LE LOUIS: Bosque Sacro, VIII, 6.
- Tú, que me apareciste, XI, 3.
- El Buen Umbral, XII, 6.
- A Santa Teresa, XVI, 6.
- (Nota y traducción: Angel J. Battistessa).
- CLAUDEL, PAUL: No se trata de nosotros solamente, II, 4.
- En el día de los regalos, VI, 3.
- Santa Cecilia, XXIII, 6.
- (Nota y traducción: Angel J. Battistessa).
- DARDO, RUBÉN: Poema a la Argentina, IV, 3.
- Versión métrica de M. M., XX, 4.

DISANDRO, CARLOS A.:
Himno, XIX, 6.

ETCHEVERRIGARAY, MIGUEL A.:
Laudes a la Reina del cielo, XXIV, 2.

FERNÁNDEZ LONG, HILARIO:
En alabanza de las cosas visibles, VII, 7.

GOROSITO HEDEDA, LUIS:
Naturaleza muerta, XXIV, 7.

JOVELLANOS Y PABAYRO, CARLOS:
El vuelo, XXIV, 6.

KRUPIN, ELKA:
La esperanza, X, 7.
El degüello, XXV, 8.

LEDISMA, ROBERTO:
Soneto, V, 7.

MENDIGOROZ, HUGO ENRIQUE:
Octubre, XXV, 3.

MOLINARI, RICARDO E.:
Soneto, II, 6.
Oda a los viejos y grandes ríos, V, 6.

OBLAGADO NAZAR, CARLOS:
Al Cristo de los Andes, IX, 4.

PONFERRADA, OSCAR:
La niña muerta, II, 7.

SÁNCHEZ SOBONDO, MARCELO:
Poesía, XXI, 4.

SABRÍA, GUSTAVO E.:
Teorema del decir, IX, 4.

SCHIAYO, HORACIO:
Canto, XXII, 6.

SHALLEY:
Music when soft voices die. (Traducción de Basilio Uribe), XI, 6.

SUNDBLAD, ERNESTO:
Cantar de invierno, IV, 6.

URIBE, BASILIO:
Poesía, I, 3.
El Primero de los Salmos, VII, 5.

VOLOS LECANO, JORGE:
Zona irremediable, XVIII, 5.
Voz en ceniza, XXV, 2.

COMENTARIOS

BELIARIO:
Correspondencia de Nueva York, XIV, 4; XVII, 5; XXI, 4; XXV, 7.
Desde los Angeles, XXII, 4.

CARRILE (H.), ALBERTO:
El caso Cordell Hull, XII, 4.
El Vínculo con Estados Unidos, XIII, 4.
Hombres de nuestro tiempo, XIV, 5.
Barcos sin correspondencia, XV, 3.
La Señora de Bliss, XVI, 3.
Dumbarton Oaks, XVII, 4.
Nelson, XXV, 6.
Si Dewey ganara, XVIII, 4.
Gobierno como arte, XIX, 6.
Siempre lo mismo, XX, 4.

CL., E.:
Aclaraciones, XXV, 7.
Perdiendo tiempo, XVI, 5.
Jugando con fuego, XXIII, 4.

C. H.:
Argentina Joven, XIV, 6.

DIN:
Comentarios, XVI, 4; XIX, 4.

J. M. B. C.:
Subrayando, IX, 3.

M. A.:
Política Argentina y el futuro de América, XX, 5.

M. E.:
Batallas 1944, XIII, 5.
Un profesor, un lord y la futura felicidad de la raza humana, XIV, 4.

SÁNCHEZ SOBONDO, MARCELO:
Nota breve, VIII, 5.
Revolución en la universidad, XIII, 5.

V. P.:
Pobreza evangélica y pobreza social, XVII, 4.

TRANSCRIPCIONES

AUTOR INCERTO:
El blues y sus grados, XVII, 3.
Las tres moradas, XVIII, 2.

BALMER, JAIMÉ:
Fragmentos, IV, 8.

BONIFAZO VIII:
Bula "Ubiin Sabatum", XXII, 8.

DIZIAS O. P.:
La Doctrina de Monton y el Derecho público de Victoria. (Traducción del francés: Josefina I. P. de Tufro), XII, 1.

EMUCO, FRAY MARCELO:
Moría y América, XXIV, 3.

GARRIGÓN LAGARRO, O. P., REGINALDO:
Las oraciones divinas del fin último en misterio público, XXIV, 6. (Traducción de Josefina I. P. de Tufro).

GISSONNO XVI:
La "Miseria Voc". XXI, 6.

JOERGENSEN, JOANNES:
Himno a Italia, XVI, 8. (Nota de Luis Gorosito Heredia).

LÁMARCA, EMILIO:
Discurso, IX, 6.

PLO X:
Carta a los Cardenales arzobispos de Francia, condenando el movimiento del "Sillon", XV, 2.

ROA REBOLLEDO, ARMANDO:
Sentido histórico de los Estados Unidos, XX, 1.

THIBON, GUSTAVE:
Aforismos, II, 3; V, 3; VII, 3. (Tradujo Josefina I. P. de Tufro).

ECONOMÍA

INSTITUTO ALEJANDRO E. RUNGE DE INVESTIGACIONES ECONÓMICAS Y SOCIALES:
Ayuda a Catamarca y a la Rioja, II, 8.
El censo general de la población y de la riqueza, II, 6.
La Corporación de productores agrarios, XVII, 8.
La defensa nacional y las informaciones estadísticas, VII, 7.
La ganadería y las industrias, X, 8.
La ley puede y debe ser un factor importante en la obra de dignificación de la familia, VI, 7.
La transcendencia del éxito de la reciente operación financiera, III, 7.
La zona norte de la República en el programa de descentralización industrial, XI, 8.
Ordenamiento económico de Post-Guerra, XIV, 8.
Orientación de la política económica argentina, V, 7.
Salarios y costos de la vida, XIII, 8.
¿Se realizará el cuarto censo general el año próximo?, XIX, 8.
Trabajo por justicia y no pan por caridad, IV, 7.
Tres acertadas medidas sobre política económica, I, 7.

TEATRO

PAGANO (H.), JOSÉ LEÓN:
Teatro municipal de Buenos Aires, XVII, 7.
Teatro nacional de Comedia, XXI, 7.

PONFERRADA, JUAN O.:
Shakespeare en el Teatro nacional de Comedias, I, 8.

SPAGHI, FERNÁNDEZ:
A propósito del centenario del Don Juan de Zorrilla, XXI, 6.
Bodas de sangre, XVII, 8.
Cada cual a su juego, XIV, 8.
Impresiones de los Teatros Porteños, IX, 7.
Leocadia, XIV, 8.
Luz de gas, XXIII, 6.
Una obra cómica de Benavente, X, 6.

MÚSICA

SÁENZ, PEDRO A.:
Andrés, Segovia, XVIII, 8.
Boris Godunoff, X, 6.
Concierto de Castro en el Politeama, XI, 6.
Festival Maurice Ravel, VIII, 7.
La novena sinfonía, XV, 8.
Música italiana en la Wagneriana, XIII, 7.
Otello en el Calón, VI, 6.

EXPOSICIONES

RETO, MIGUEL:
Ana Weiss de Rossi, XIII, 7.
Ballester Peña, XX, 1.
B. Casárez de Quirós, XXV, 9.
Demetrio Urrechúa, XI, 6.
José Larco, XII, 7.
Raúl Soldi, X, 7.

URIBE, BASILIO:
El XXIV Salón de Bellas Artes, XVII, 6.

VARIA
A propósito del Cardenal Verdier, XIII, 7.
Carta de un argentino, Correo de Europa, XIX, 5.
Contra Maritain -- Pro Maritain, XIX, 7.
Emilio Lamarca. En el centenario de su nacimiento, IX, 6.
Fragmento de un discurso del Dr. Rómulo Etcheverry Bona, XI, 8; del Dr. Héctor Llanabías, XVIII, 6; del Arz. Carlos Mendión, VIII, 8; del Dr. Carlos Novillo Saravia, V, 8.
Memorándum sobre la Universidad de Buenos Aires del Dr. Tomás D. Casares, II, 6.
Palabras de Gobernante, de Oliveira Salazar, XXII, 4.
Polémica Maritain-Claudel, XX, 7.

CINE

A. E. B.:
María de la Candelaria, XVII, 7.

M. E.:
Bernardette, XV, 8.
El Escándalo, X, 7.
En alas de la canción, XII, 8.
Films de Propaganda, XVI, 8.
Madame Curie, II, 8.
Su mejor alumno, II, 8.

OVIS:
El Buen Pastor, XXIII, 8.

ILUSTRACIONES

BALLESTER PEÑA, JUAN A.:
Carátulas, en la primera página de todos los números.
Ilustraciones de Santos: San Enrique, III, 5. Santiago, IV, 5. Los Macabeos, V, 4. Santo Domingo de Guzmán, VI, 6. En la Asunción de la Santísima Virgen, VII, 4. San Bernardo, VIII, 4. San Juan Bautista, IX, 5. Santa Rosa, X, 4. Exaltación de la Cruz, XI, 2. Nuestra Madre Dolorosa, XII, 3. San Cosme y San Damián, XIII, 2 y 3. San Plácido, XIV, 3. San Bruno, XV, 4. A Santa Teresa, XVI, 6 y 7. San Rafael Arcángel, XVII, 2 y 3. Cristo Rey, XVIII, 2. Las cuatro Basílicas, XIX, 2 y 3. San Martín de Tours, XX, 2 y 3. Santa Cecilia, XXI, 2. San Silvestre, XXII, 2 y 3.
Otras ilustraciones y viñetas: II, 4; III, 4 y 5; IV, 4; VI, 2 y 3; IX, 2 y 3; X, 2 y 3; XII, 7; XV, 3; XX, 4, 5, 6 y 7; XXI, 3; XXIII, 4 y 5; XXIV, 4, 5, 6 y 7; XXV, 4, 5.
BALLESTER PEÑA (H.), JUAN A.:
V, 6.
BONOMI, JOSÉ:
Ilustraciones, IV, 2; VII, 2; VII, 7.
BUTRAGO, GUILLERMO:
Ilustraciones, XV, 2 y 5; XVIII, 3.
CANTILLO, JOSÉ M.:
Viñetas de I, 4; II, 2, 3 y 6; III, 2 y 3; IV, 6; VII, 3; VIII, 7; XXV, 10 y 11.
DELMEZ, VÍCTOR:
Ilustraciones, XXV, 2 y 3.
FORNIELES, FRANCISCO:
Países, II, 2 y 3; III, 2 y 4; V, 2 y 3; VI, 4; VIII, 2 y 5; IX, 6 y 7; XIII, 7; XIV, 2, 6 y 7; XV, 6 y 7; XVII, 4 y 5; XVIII, 6; XXI, 4 y 5; XXII, 4 y 5.
Dibujos y viñetas, II, 7; III, 7; VI, 6 y 7; VII, 4, 6 y 7; XI, 5 y 6; XII, 5 y 6; XIV, 5 y 6; XVI, 4 y 5; XVIII, 4 y 5.
JUAN ANTONIO:
Ilustraciones de Santos: San Benito, II, 5; Charles de Foucauld, XXIII, 2.
Dibujos, III, 3.

RESEÑA DE LECTURAS

CL. E.:
Diccionario Católico. Agua Nueva de Hugo Enrique Mendivéoz, XII, 8.

ESPEZEL BIERRO, ALBERTO:
Publi Virgili Maronis Opera, IV, 8.

H. M.:
La Crisis del mundo moderno de Leonel Franca, X, 8.

FRIAS, JORGE A.:
La Psicatenia de Octavio N. Derisi, VI, 8.

F. W.:
Las Cruzadas de H. Belloc, VII, 8.

J. A. G. M.:
Ciencia y Fe. Historia de la Historiografía universal de Angel Gubernatis, VIII, 8.
El Canto del Amor de Cristóbal Rilke, XI, 7.
Los Dones del Espíritu Santo por San Buenaventura.
La filosofía del iluminismo y la Constitución de 1853 por Arturo E. Sampay, XIX, 8.

J. C. M.:
Iberoamérica por el General José M. Sarobe, XXIV, 8.

J. M.:
Concepto de la Filosofía cristiana de Octavio N. Derisi, VIII, 8.
La Iglesia Católica y el Principio de la Propiedad privada de Hilaire Belloc, VI, 8.
Libro de las siete palabras de San Roberto Bellarmino, VI, 8.
Observaciones sobre Moral Católica de Alejandro Manzoni, VI, 8.

M. E.:
La ciencia del arte de José M. de Estrada, XIII, 8.

M. J. M. (H.):
Cineros, Órgano de la Universidad de Madrid, XIII, 8.

M. J. G. F.:
Argentina, el Imperio del Sur de Eduardo Anas, XXIII, 8.

M. M.:
Lo que es de Chesterton, VI, 7.

T. D. C.:
El Sentido Común de Garrigón Lagrange, XI, 7.
La dirección artística y el diagramado de la Revista católica a cargo de Francisco Foucauld.